

La Esfera

Año VI • Núm. 299

Precio: 60 cént.



FLORA, cuadro de Modesto Teixidor

**"Nieve
(Marca de Fábrica)
'Hazeline'"**
(**"HAZELINE" SNOW** TRADE MARK)

Suavice su
cutis después
de rasurarse

INSTANTÁNEAMENTE alivia el
escozor y quemazón, casuados por el
jabón y la navaja en cutis sensitivos.
Dá bienestar permanente. Hace el
cutis sano y atractivo.

En todas las
Farmacias y Droguerías

Burroughs Wellcome y Cia.
Londres

La "Nieve 'Hazeline'" no
es grasienta. Aquellas
personas cuyo cutis requiera
una preparación grasienta
deberían obtener la Crema
'Hazeline.'



All Rights Reserved

ELIXIR ESTOMACAL
de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

**LA MAGNESIA
BISURADA**

alivia la acidez
del estómago
en cinco minutos

ó de lo contrario se le devuelve su importe con sólo pedirlo. Si sufre usted de gastritis, indigestión, dispepsia, ó si los alimentos que toma le pesan de un modo enorme en su estómago y no puede dormir por las noches debido al malestar, vaya en seguida á un buen farmacéutico y compre Magnesia Bisurada, que se suministra en polvo ó en pastillas. Tome dos ó tres pastillas ó una cucharadita de polvo en un poco de agua caliente después de las comidas, ó cuando sienta dolor, y verá cómo muy pronto contará á sus amigos cómo se curó de su mal de estómago. Cu de siempre de pedir Magnesia Bisurada, pues cada paquete encierra una garantía de que dará su satisfacción, ó de lo contrario se devuelve su importe.

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

**CONSERVAS TREVIJANO
LOGROÑO**

SE VENDEN
los clichés usados en esta revista.
:-: Dirigirse á Hermosilla, 57 :-:

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 65 al 70 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

ANTI EPILEPTICO DE LIEJA
suprime las crisis,
CURA TODAS LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS
F. Hele Prévito - Dr. FANYAU, Parms. 1111 E, France

Lea usted los viernes **NUEVO MUNDO**



DE ASPIRAR DELICIOSO
EL

**EUCALMENTOL
ALGODON NASAL**

ES
EL MEJOR
ASÉPTICO DE LAS
VIAS RESPIRATORIAS

Remesas a
Provincias

FABRICA DE
RELOJES DE

CARLOS COPPEL

• FUENCARRAL, 27 •
MADRID

A CADA
RELOJ ACOMPAÑA
CERTIFICADO de GARANTIA

HELIOS

La Esfera

Año VI.—Núm. 299

20 de Septiembre de 1919

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL HUERTO DE LA ERMITA

Cuadro de Joaquín Mir, que se conserva en el Musco de Arte Moderno



DE LA VIDA QUE PASA
LAS RESERVAS DEL CAMPO ANDALUZ

MUCHAS veces se ha hablado del *grand reservoir* ruso, de las enormes reservas que en hombres y en riqueza guardan las estepas rusas. Fuerzas durmientes, latentes, en potencia, que algún día iba á encargarse de despertar el porvenir. También España ha tenido la suerte de merecer un juicio semejante. No de ahora, en que los intereses europeos y norteamericanos lanzan á todos los vientos una propaganda entusiasta de «las posibilidades españolas», sino de mucho antes de la guerra, España era, para ciertos visitantes, un espacio libre donde podía encontrar emociones nuevas el alma de la vieja Europa, y una tierra virgen abierta bruscamente á la moderna civilización industrial.

Hoy Rusia está en plena fermentación. El gran depósito de energías ha saltado en pedazos, y desatadas las fuerzas buenas y las malas sobre las ruinas del Imperio, se gastan en la creación de un mundo nuevo. Las reservas de riqueza agrícola ó minera siguen esperando; las reservas en hombres alimentan

ahora la revolución como alimentaron antes la guerra, y la más poderosa de todas, la reserva de energías que encerraban el caótico cerebro y el corazón infantil del hombre de la estepa, ha desbordado por las demás naciones proclamando su ideal. En cuanto á España, todos sentimos esos rumores sordos que preceden á las erupciones volcánicas y á los terremotos.

Hay quien no cree en las reservas de la raza española, suponiendo que está trabajada y agotada por una civilización muy antigua—quizá el Tartesio, el andaluz que escribía en verso sus leyes, antes de que vinieran griegos, fenicios y romanos, representa una cultura que consumió la savia de muchas generaciones—. Hay quien la supone viciada y torcida, como un vino que se agrió. Hay quien la tiene por incapaz, dándole una limitación infranqueable para su mente berebere. Pero es preferible—y no hay razón que lo impida en absoluto—suponer que toda la enorme masa de gente inculta, analfabeta, que hoy malvivé en montes y llanos de nuestra patria, es la inmensa reserva, merced á la cual podemos mirar cara á cara al porvenir.

En esto de las razas, cada cual corta y taja conforme le place. He visto recientemente un libro de José Ingenieros, argentino, sobre *La evolución de las ideas argentinas*, y me ha deslumbrado la amplitud de ánimo con que nivela los dos mundos. Hernán Cortés y los «navegadores quimeristas» creyeron

descubrir á los aztecas; pero los aztecas es seguro que creyeron descubrir ellos también á los europeos. «Es muy posible que en siglos anteriores los hombres de ambas costas atlánticas se descubrieran recíprocamente muchas veces, aunque los unos y los otros, por causas obvias, no intentaran emigraciones de colonización ó de conquista.» Hubo un tiempo en que no existió el Atlántico. ¿Por qué no admitir la hipótesis de Ingenieros y de sus compatriotas, de que «los descubridores europeos del siglo xv fueron la prole remota de los homínidos originarios de la pampa americana?» Es igual. Vistas así las cosas, á través de siglos de siglos, todas las razas son iguales. Si á los americanos les satisface, adelante.

Pero reduciendo á términos más modestos los ciclos de la Historia, es indudable que hace mu-

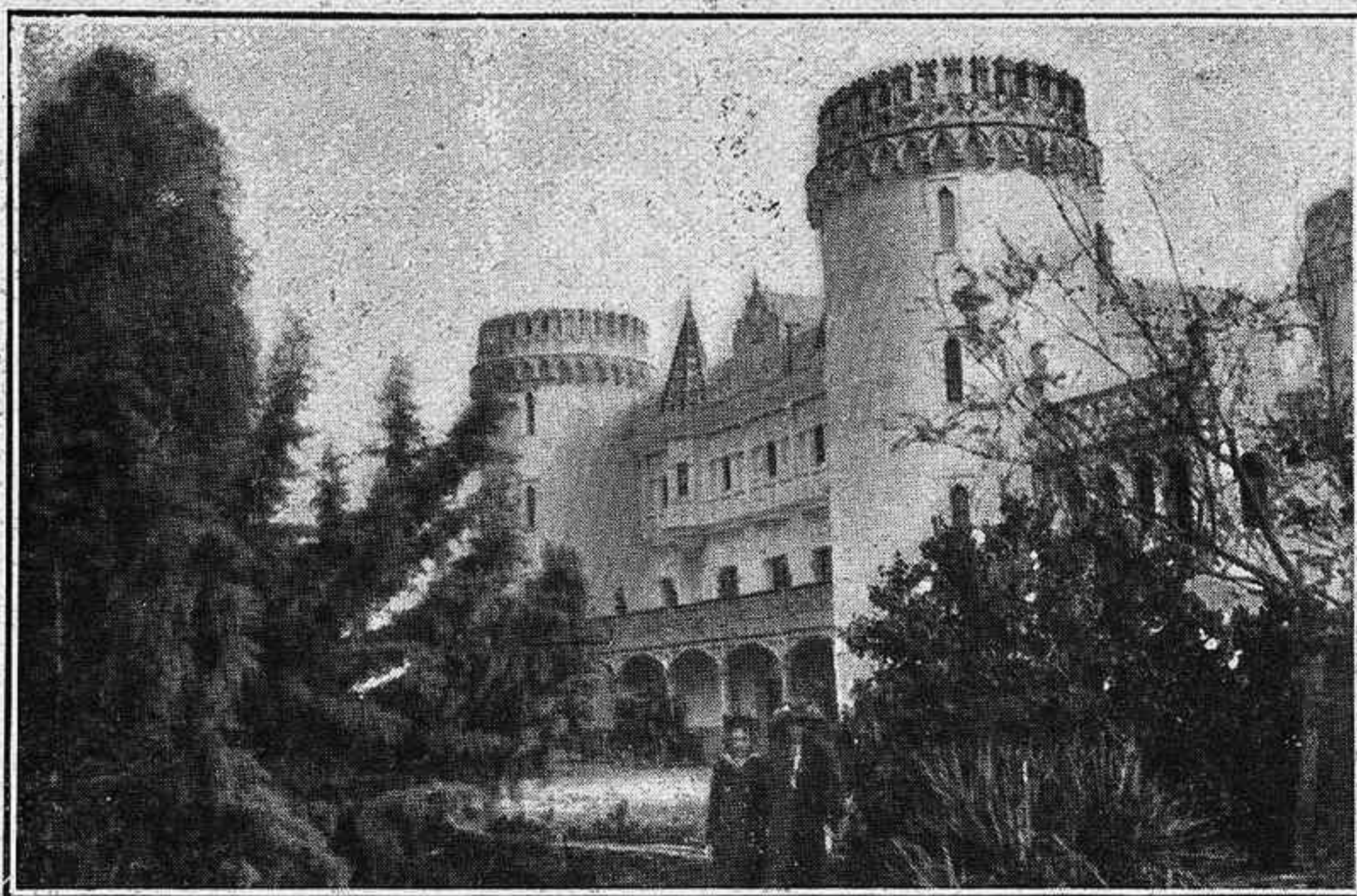
cho tiempo que nuestra raza descansa. Hay, por lo menos, grandes extensiones en barbecho. Ahora, al leer—entre líneas, como nos consiente la situación política—lo que ocurre en el campo andaluz, vemos que ha llegado ya el momento en que esa considerable fuerza en reposo va á unirse á las demás fuerzas españolas, aunque al establecer el contacto comience por un primer período de violencia. Todos cuantos viven en Andalucía, y aun los que han viajado por ella estos últimos meses, saben que se ha abierto un período nuevo. El obrero del campo, el jornalero, no ya reclama, sino que ejerce una personalidad. Todo indica que en esto, como en tantas cosas españolas, vamos á pasar del candil á la luz eléctrica. Del jornal de tres reales y gazpacho se pasa á las 18 y á las 20 pesetas.

Estamos acostumbrados á las dos exageraciones tradicionales: la feracidad y riqueza del campo andaluz, ó la tristeza desolada de la tierra andaluza. Conocemos también la leyenda del régimen patriarcal, en que todo va bien, ó la desesperada situación que provocó aquel terrible movimiento de la Mano Negra. No está de más repasar lo que escribieron hombres como Jovellanos, D. Fermín Caballero y Costa sobre la cuestión agraria. Sobre todo don Fermín Caballero, que habló de Andalucía como hombre práctico, no como teorizante. Su preocupación era la del labrador; pero es curioso ver cómo para D. Fermín Caballero el labrador era el propietario de la tierra. Respecto del jornalero, le parecía uno de los más imaginativos, y, por consiguiente, de los menos trabajadores de España; gente que aprovecha todas las ocasiones de perder el tiempo; *relojeros* que pronto reclaman el derecho del cese al amparo del proverbio *la sol puesto peón suelto*. ¿Qué diría ahora don Fermín si viera las mil reclamaciones del gañán? Para él el ideal era ir substrayendo al labrador de las exigencias de la clase obrera, llevando ésta á las fábricas, á las artes y á otros ejercicios de más lucro. Le parecía lamentable «el apuro en que se ve el labrador cuando le faltan jornaleros para operaciones perentorias ó le dan la ley en los precios». Ahora no solamente dan esa ley, sino que quieren la nueva ley de la tierra. Han ido mucho más allá que don Fermín.

Lo que representa esta innumerable población jornalera, de inteligencia despierta, hasta ahora no cultivada, pronto ha de irlo diciendo la historia que vivimos.

Luis BELLO

ENCINARES DE VIÑUELAS...



Castillo de Viñuelas, propiedad del duque del Infantado, marqués de Santillana

¡Fuertes árboles añosos!
 ¡Verdes y jugosos prados,
 que tenéis la Sierra abrupta
 por fondo de vuestro cuadro!

La Sierra, por donde cruza
 en su mula, viajando,
 la sombra del Arcipreste,
 camino de Sotosalbos...

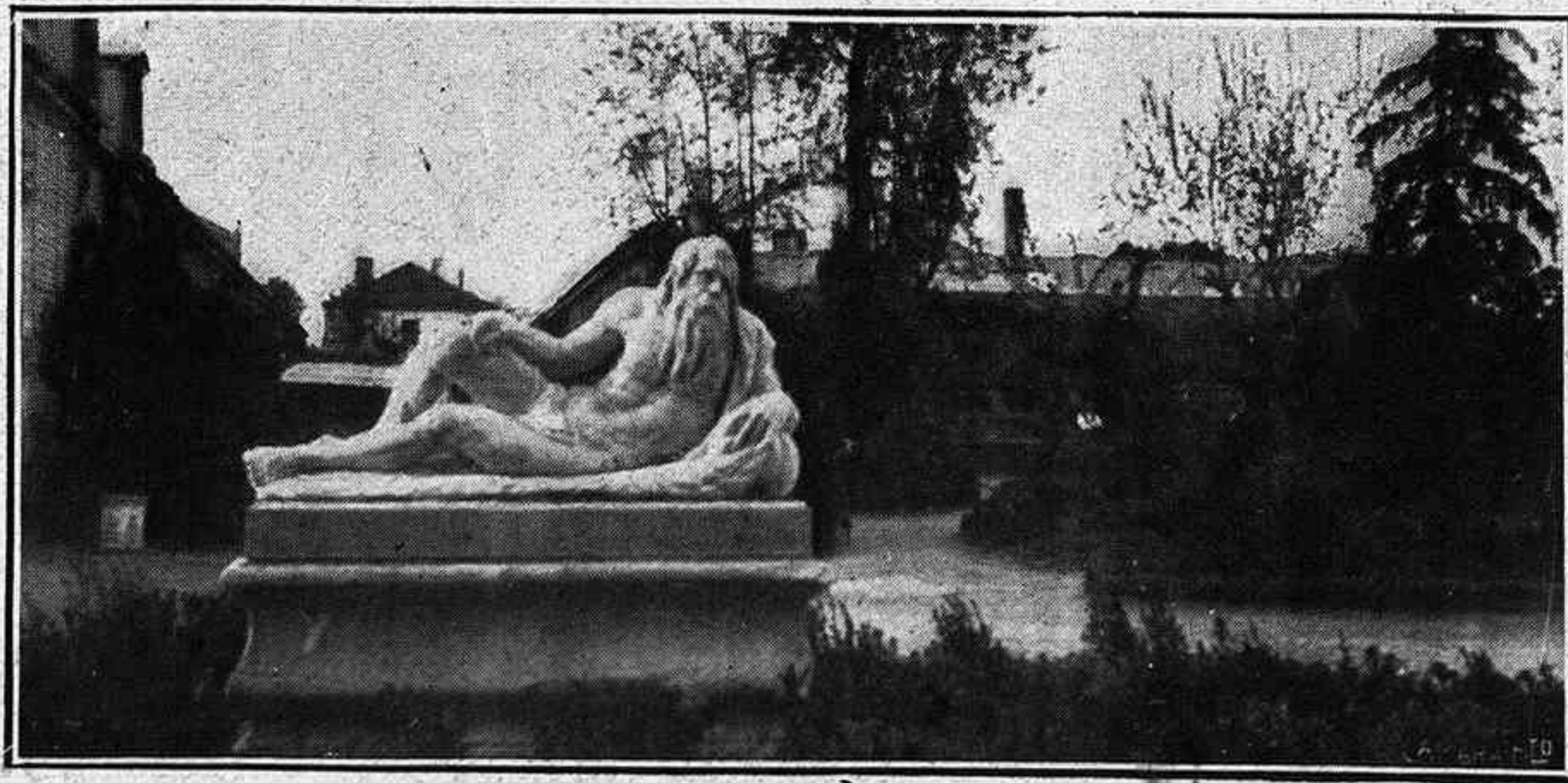
Y donde, también, la sombra
 de Iñigo, el cantor serrano,

aun parece á las pastoras
 estar "decires" rimando...

¡Encinares de Viñuelas
 vecinos de los del Pardo,
 que evocan á los infantes
 velazqueños, monteando!

¡A vuestra sombra propicia
 en la mañana de Mayo,
 no se detuvo un instante
 cansada, María Infantado!

El conde DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO



Castillo de Viñuelas.—Estatua simbólica del río Manzanares

ARTE ARQUITECTÓNICO

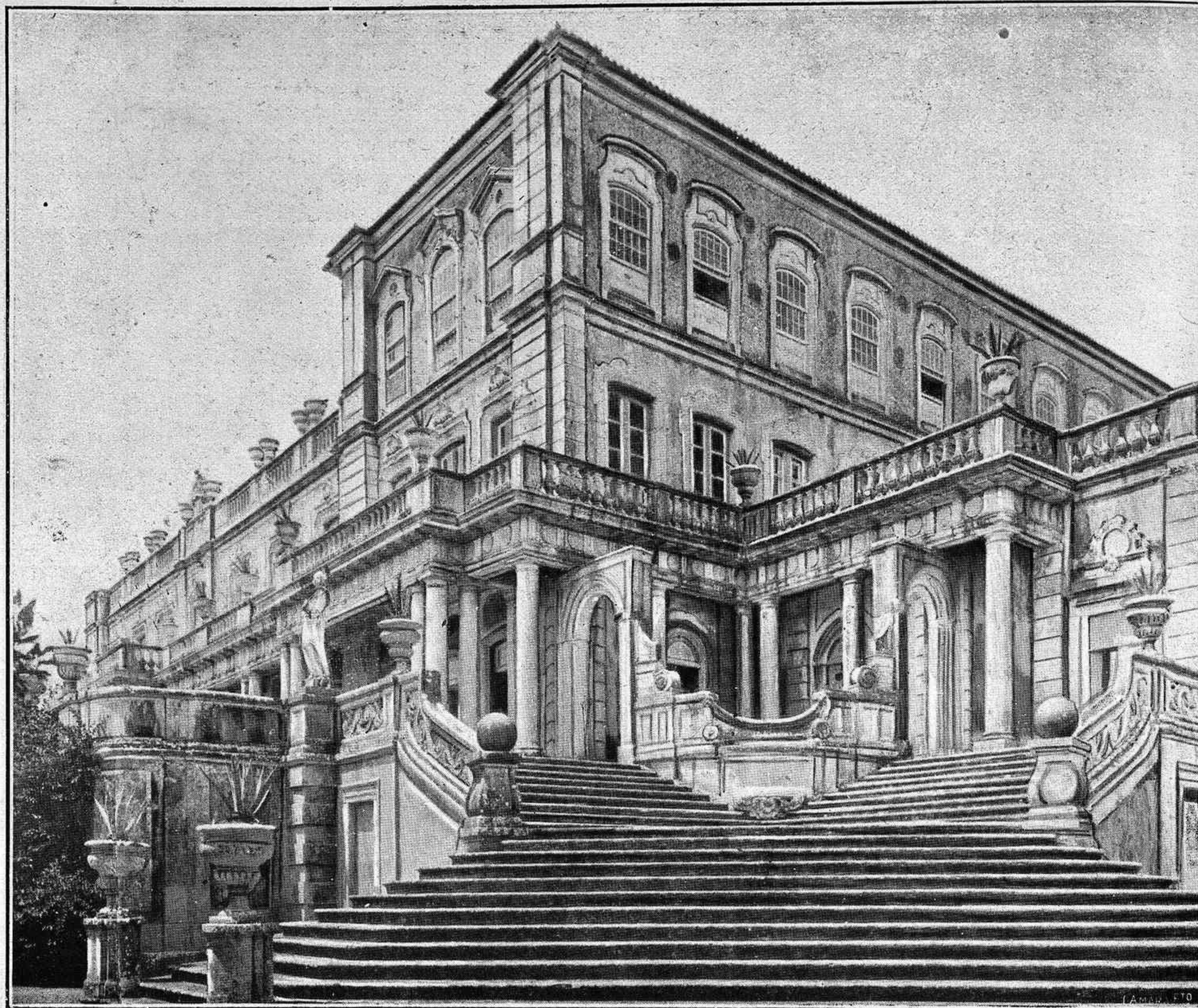


DETALLE DEL ANTEPROYECTO DEL EDIFICIO DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES, DE MADRID, PRESENTADO POR EL ILUSTRE ARQUITECTO D. ANTONIO PALACIOS

AGUAFUERTE DE CASTRO GIL



RESIDENCIAS REALES
EL VERSALLES PORTUGUÉS



Pintoresco aspecto del palacio de Queluz

Es un Versalles pequeño, con su disposición, su jardín pensil, la suntuosa escalera del *Pórtico de los Caballos* y toda la decoración; los puentes de bronce, los tritones y los delfines.

Indudablemente, el palacio se hizo bajo la influencia de Versalles, que se imitaba en todas las Cortes de Europa; y en este caso se comprueba con el nombre de los que lo construyeron: el arquitecto y escultor francés Juan Bautista Robillan y el eminente portugués Matheus Vicente de Oliveira.

En el principio, este palacio era una sencilla casa de campo, vínculo de la casa de Cristóbal de Moura, que pasó a la casa de Braganza por haberle confiscado sus bienes como traidor. Don Juan IV creó allí la *Casa del Infantado*, e incorporó la Corte real, acrecentando su brillo con la quinta de Queluz, confiscada al segundo marqués de Castello Rodrigo.

Don Pedro II dejó en herencia la *Casa del Infantado* a su hijo segundo, el infante D. Francisco, cuya triste memoria se conserva, a través de los siglos, por su ferocidad, sanguinaria y cruel. Los aldeanos de los contornos dicen que lo escuchan aún en las tenebrosas noches del invierno

gemir y arrastrar sus cadenas, porque mora condenado en el palacio, teatro de sus crímenes.

A la muerte de este infante, la propiedad pasó a D. Pedro, hermano del rey D. José, que fué el que transformó la casa de campo en este suntuoso Versalles, hoy desguarnecido y abandonado.

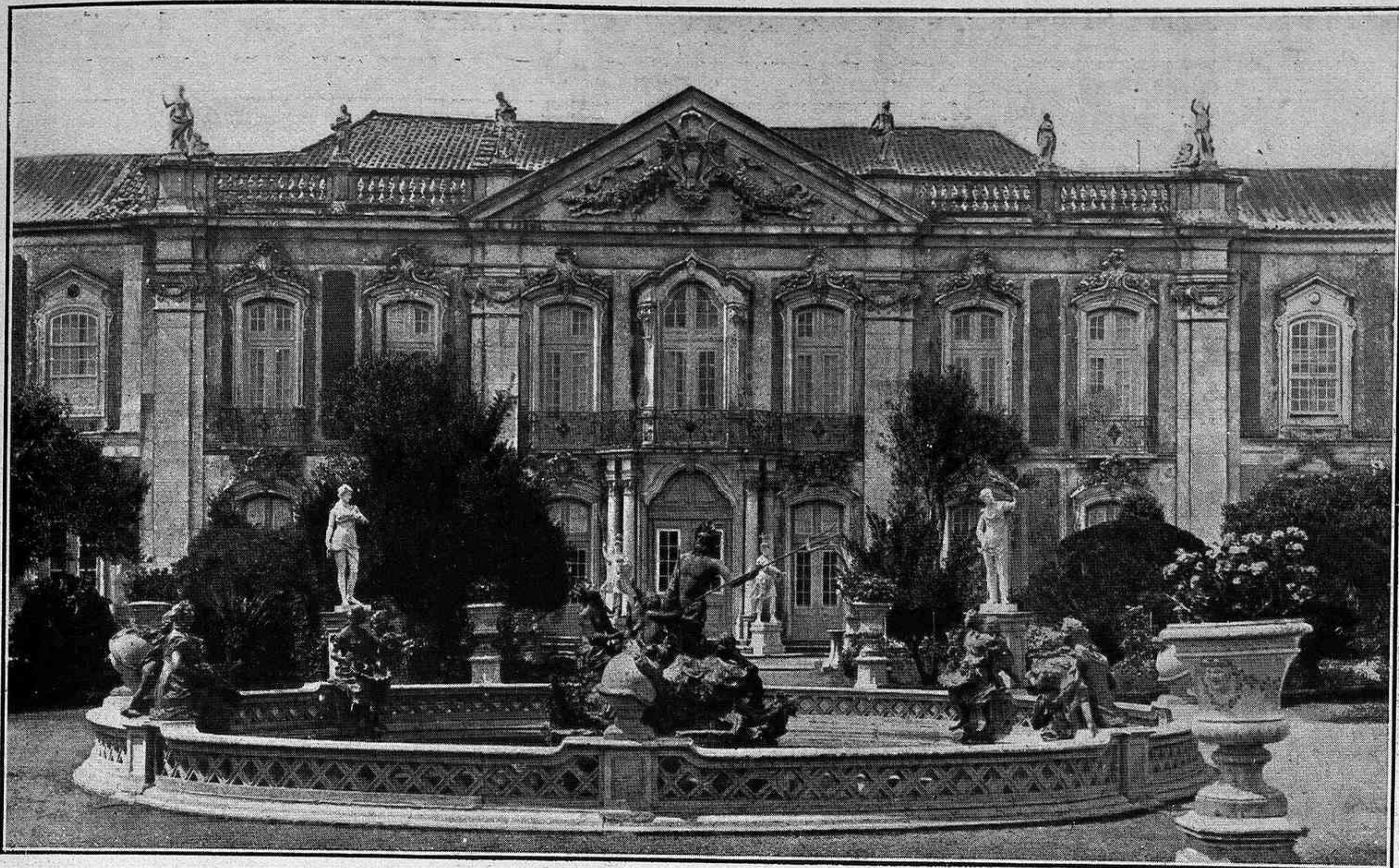
Solamente sus paredes, sin necesidad de mueble alguno, bastan para producir una emoción de arte al que le visita; emoción que se hace más intensa con la evocación de su historia.

Aquí, en el *Salón de D. Quijote*, está la cama en donde murió D. Pedro IV, el rey tan popular, cuya gallarda figura se ve en el retrato que allí existe, pintado en Viena por Giovanni Cuder. Ese salón tiene cubiertas las paredes por escenas de la vida del *Quijote*, que D. Pedro mandó pintar ex profeso.

Pasamos, con esa ligereza que la costumbre de ver los principales palacios del mundo pone en la mirada, para no detenerla más que en las obras maestras, por la sala del *Blandón* y la sala de las *Serenatas*. Vemos lindos paños de Arras, y vamos a detenernos en la *Sala de las Tollas*, donde, más que éstas, llama la atención el techo, en el que está pintado un *sereniu*, que da idea de lo que eran esas fiestas en la ostentosa Corte de Queluz—que tan bien ha descrito el marqués de Recende en su *Panorama*—en el siglo XVII. Es esta sala otra imitación de la Corte del *Rey Sol*. Como éste se hacía retratar en su palacio bajo

formas distintas é inmortalizaba en piedra la desnudez divina de la Pompadour, la familia real portuguesa aparecía retratada en sus fiestas íntimas. Es una colección de retratos lo que ha legado esa pintura. El rey D. José, sentado en medio, preside la reunión; Diego Pérez toca el clarecín, y la princesa doña María, que fué después reina; la infanta doña Francisca Benedicta, princesa después, y los infantes Mariano José y María Dorotea, cantan á coro. El infante D. Pedro bate palmas al compás de la canción, la que parecen escuchar con embeleso los asistentes, músicos en su mayoría, entre los cuales está el músico de cámara Lucas Jovini.

Al salir de allí, vemos la capilla y el antiguo teatro del Versalles en miniatura, y nos detenemos en los corredores á contemplar los azulejos que revisten las paredes. ¡Azulejo! Hay algo de árabe en la palabra ¡azulejo! Hay prestigio de azul. Ese fondo blanco de esmalte; ese inimitable azul antiguo, *azul de azulejo*, tiene un encanto especial. Las escenas de caza que reproducen con sus animales estilizados, con sus paisajes impresionistas, son, por el dibujo y el sentimiento, la última palabra del arte novísimo, vago y decadente. Hay princesas á caballo que hacen soñar; castillos que dan la ilusión de un *Santo Graal* con cuatro líneas confusas; paisajes fantásticos de leyenda. Se podría escribir una novela á lo Gerardo de Nerval frente á estos azulejos. Su azul es una música que pide la letra de



Fachada principal del palacio de Queluz

su leyenda... Portugal es rico en estos azulejos antiguos, que forman un tesoro.

¡La Sala de los Espejos!

No podía faltar esta Sala de los Espejos. Recuerdo mis visitas al palacio de Versailles, cuando lo miraba yo como una cosa cuya historia estaba terminada; y, sin embargo, en aquella *Galería de los Espejos*, que ésta recuerda, había de verificarse otro hecho importante de la historia de la Humanidad: la firma de la Paz. Versailles volvió a vivir con la vida grandiosa de su época legendaria. ¿No volverá a entrar algún día la vida aquí? Versailles, sede de una Corte disoluta, fué siempre, á pesar de eso, bello y elegan-

te. Este *Versalles portugués*, después de sus *serenius*, sufrió la degradación de la Corte ostentosa y grotesca de la princesa Carlota Joaquina — la hija de María Luisa —, en cuya cabellera dice un historiador que «se entrelazaban las perlas y las liendres», y que se divertía criando gusanos de seda en su propia alcoba, donde no era el rey el único hombre que penetraba.

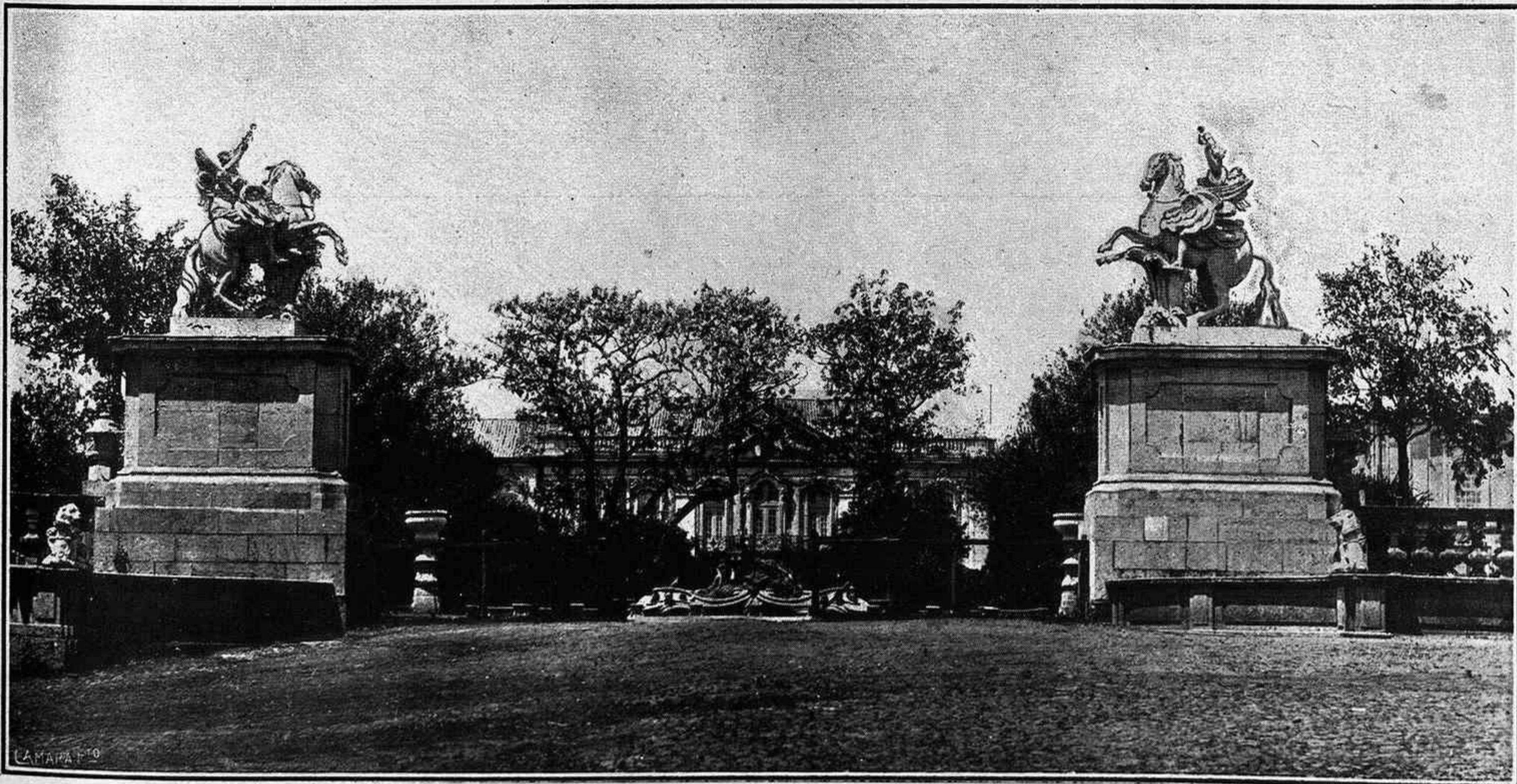
Allí, en aquel palacio donde gemía la reina loca, Carlota Joaquina parodiaba los amores de su madre con Godoy, con el embajador de Napoleón, Junot, que, seducido por la conquista de una princesa de sangre real, no reparaba en su fealdad.

Caído el poderío de Francia, los generales ingleses se instalaron en Queluz, donde llevaban una vida regalada, emborrachándose y corriendo aventuras con las lavanderas del Samor y con las molineras de Carenque.

Hoy todo pasó... La antigua residencia regia — donde gime un fantasma real — es un palacio nacional, que indudablemente no continuará siendo una cosa muerta é infecunda en este país, donde la República hace que todo reviva y florezca.

CARMEN DE BURGOS
(Colombine)

Lisboa, 1919



Detalle de los jardines del palacio de Queluz

Cuentos de
"LA ESFERA"

LA SUERTE



LEGABAN todas las tardes antes de empezarse la partida, cuando el tumulto de veraneantes era más activo en la playa y en los paseos; y tomaban, temerosos de perderle, el sitio de siempre, á la derecha del banquero. Esta precaución sólo era útil con respecto á los transeúntes. ¿Quién de los asiduos iba á usurpar el sitio á aquella ancianita que, próxima ya al sepulcro, ocupaba todas sus horas en dulcificar las del hijo, empujado aún más velozmente hacia la muerte por la tisis, retratada en su palidez, en sus ojos febriles, en su demacración sudorosa y vibrante? Mitad por ternura, mitad por miedo á merecer la mala suerte, nadie se habría atrevido. El juego es un monstruo matemático que se nutre de insubstanciales supersticiones.

Aparecieron á principios de un verano, hacía ya muchos, y desde entonces no faltaron nunca. Cada año él llegaba más consumido, y ya en los últimos era sólo un espectro que dejaba sobre el tapete fichas de nácar que la raqueta recogía implacable. Jugaba sin timidez, con valor tenaz no premiado nunca por el Destino, obstinándose en que le repitieran cuatro veces un número. A su lado la viejecita anotaba en una cartulina cifras menudas; luego, cuando exasperándose en el empeño de metodizar el acaso empezaba él á

arriesgar las fichas desordenadamente hasta perderlas todas, ella quedaba un rato silenciosa y, al verlo entristecer, poco á poco sacaba de su bolso de terciopelo un pedacito de nácar, el último, y se le daba al enfermo, quien titubeaba varias jugadas y lo ponía al fin con brusca decisión, ya de pie, cual si sólo esperara á que la bolita de marfil lo burlase esa vez para alejarse con resignada lentitud del brazo de la anciana.

De tiempo en tiempo alguien susurraba al oído de cualquier curioso la historia, traída allí merced á esa misteriosa indiscreción que traiciona casi siempre á cuantos anhelan embozar sus vidas en el silencio; aquella mujer era víctima de un inexorable destino. Cuatro hijos tuvo, y tres de ellos fueron segados por la tuberculosis al llegar á los veinte años, apenas entreveían el esplendor de la vida. Sólo éste había sobrepasado la edad para todos luminosa y para ellos siniestra; y para defenderlo contra el frío de la muerte, que á cada momento parecía quererlo penetrar, la madre lo rodeaba de todas las tibiezas, aun de las más nocivas. Ni estudios, ni preocupaciones, ni verdades. ¡Todas las energías necesitábalas él para la ardua tarea de vivir! El invierno y el otoño pasábanlos en un pueblo templado del Sur, ahorrando, proyectando, para

aparecer en la norteña playa con los primeros veraneantes, no en busca del estímulo salitroso del aire y del mar, sino para perseguir junto á la ruleta la jugada quimérica donde todos sus pensamientos se polarizaban. Cerca ó lejos él estaba siempre, en espíritu, junto á la mesa de goce y tortura. A veces, en lo más recio del invierno, á media noche, decía en voz queda:

—En los libros de Montecarlo y en los de San Sebastián mismo he visto números repetidos hasta cinco veces.

Y la viejecita siempre estaba despierta para responder:

—Sí, claro... Y á ti también te lo repetirán... Pero duerme ahora; pensando en eso te fatigas.

Y otras veces, excitándose con la ilusión, suponía ya logrado su anhelo y:

—Ya verás—decía—... Serán lo menos doscientas mil... Aquella noche no nos quedaremos en casa como todas: saldremos á cenar fuera, y luego tú me esperarás en cualquier terraza y yo me iré un rato, solo, por ahí, y hasta beberemos un poco, ¡por un día!..., y montaré á caballo, y de contento que estaré me iré nadando hasta la boya como los más fuertes, y...

Y se quedaba, al fin, dormido, arrullado por las esperanzas, mientras el insomnio de la ma-



dre hacía más agudo con el temor de que su fortunada inmolada al vicio del hijo, tan próximo á la muerte, acabase antes de que ésta viniera; ante el terror de que la vida, de la cual no había podido gustar las mieles, hiciérase conocer aún, tras el dolor de la enfermedad, el de las privaciones, el de la miseria.

Pero una tarde la femenina suerte estuvo, por capricho ó fatiga, á punto de rendirse á su cortejador. En la sala, fueron unos minutos, primero, de tumulto; después, de vehemente silencio. Ya le habían dado el número 23 dos veces, y la bolita, luego de tintinear sobre los nervios de metal, fué á caer, certera, en un segmento rojo. La voz del *crupié* volvió á cantar, queriendo, en vano, guardar el tono monorrímo:

—¡23, encarnado!

Y mientras el enfermo, lejos de retirar el montón cuantioso de fichas, las hacinaba, no sólo sobre el mismo número, sino sobre todas las posibilidades de ganancia relacionadas con él, en la sala flotaba una quietud de angustia hecha de la generosidad de todos, hasta de los más ensimismados; el que sonreía con crispatura triste á cada golpe adverso, el que blasfemaba, el que guardaba extraña rigidez en las facciones en tanto hundía en sus propias manos las uñas hasta hacerse daño, el que contaba y recontaba las fichas, el que miraba airadamente... la sala entera tenía su voluntad en la menuda bolita, que ya correteaba de nuevo por el borde inclinado y que luego de tropezar con uno de los rombos de oro fué á caer certeramente en el mismo casillero de la vez anterior, arrancando un múltiple suspiro seguido de largos comentarios.

Entre las felicitaciones, la madre y el hijo permanecían absortos, dándose apenas cuenta. Cuando cambiaron las fichas adquirieron, inesperadamente, su sentido real transformándose en billetes que apenas cabían en los bolsillos. Salieron en silencio, pasaron lívidos bajo los faroles, que ya empezaban á triunfar del crepúsculo, y, hendiendo la muchedumbre, fueron á encerrar su emoción en la alcoba que tantas veces los viera llegar indiferentes ante el infortunio cotidiano. Colocado encima de la mesa el montón de dinero, parecía desafiar á la imaginación con este reto: «Adivina cuánto puede hacerse conmigo, mide todos los gozos brillantes que laten en este haz de papeles pesados, de mates colores.» Y sólo entonces pudieron hablar, mas no en abundancia, sino con frases entrecortadas, atónitas:

—Ya ves...—repetía la ancianita; y él:

—¡Tenía que pasar!... Ahora hay que festejar la suerte para que no nos abandone... Hay que celebrarla... Verás cómo me visto en un salto.

Y aun cuando ella tuvo cerca de la boca palabras para disuadirlo, no se atrevió á truncar la ilusión, y lo vió ir y venir presuroso, asomarse á la ventana, por donde entraba el susurro de la muchedumbre que llenaba siempre la avenida; vió, al cambiarse la camisa, el pecho hundido y el esqueleto terriblemente dibujado como si quisiera decir que muy pronto triunfaría de la escasa carne que lo aprisionaba. Sin dejarla siquiera sacar del baúl la ropa de etiqueta que antes ceñía su cuerpo y ahora parecía colgada de él, pronunciaba, sin detenerse, exaltadas palabras:

—Será una verdadera nochebuena... ¡Ya verás si sirve el dinero!... No vayas á asustarte si me ves divertirme demasiado... Y si quieres, quédate... ¿Tú te creías que yo no era un hombre?

Alentaba muy fuerte, con trabajo. Puso unos cuantos billetes en la cartera y guardó los demás. Al abrir la puerta circuló una corriente de aire, y el sudor se le cuajó en la piel, le flaquearon las piernas y le conmovió un acceso de tos. La anciana no pudo sostenerlo y tras breve lucha hubo de dejarlo caer. El pañuelo estaba ya rojo. En el angustioso desamparo sólo se oía el jadear ronco que salía del pecho y este grito de la viejecita, que le salía de las entrañas:

—¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!

Y cual si por este grito, más que por su propia impotencia, comprendiera el enfermo la verdad, abrió, con un arranque postrero, el cajón, cogió los billetes y, después de arrugarlos, de escupirlos, de hacerles todo el mal que su pobre naturaleza podía, los arrojó á la calle.

Abajo la muchedumbre se arremolinó, y mientras que muchas espaldas se curvaban hacia el suelo, algunos ojos se elevaron para mirar el cuadro luminoso del balcón, sin comprender que aquella luz alumbraba un drama.

A. HERNÁNDEZ CATÁ

DEBIDOS DE RIBAS

Calendario del Amor ■ SEPTIEMBRE

Al más feo de los dioses y al más desgraciado de los maridos, á Vulcano, numen del fuego, consagraba Roma el mes que da principio á la melancólica estación otoñal; en honor del divino herrero y burlesco esposo de Venus, hacíanse holocaustos á fines de Agosto en las fiestas llamadas «vulcanales».

«Por Septiembre, calabazas», dice la gente para dar á entender que por falta de oportunidad no alcanzará uno lo que se propone.

El buen amador ha de ser oportuno en todo, y en todo ha de ajustarse al humor del dueño adorado.

Aquel que tan insuperablemente trató de las sutilezas y engaños del tierno rapaz, dictando reglas á los que por vez primera se alistaban en sus estandartes, aconsejó que se despojaran de vanidad los que aspiraban al amor verdadero.

Humilde y transigente en todo tiempo y ocasión ha de ser el galán, no soberbio ni quisquilloso.

Así, pues, grabad en la memoria estas máximas del Maestro:

«Ceded á la porfía; cediendo, saldréis vencedores. Obrad del modo que si ella os lo mandara. Reprended lo que reprenda, aprobad lo que apruebe, decid lo que diga y negad lo que niegue. Reíd si ríe; acordaos de llorar si llora. Imponga leyes con su semblante.»

«Si no fuera con vosotros bastante cariñosa y afable, sufrid y tolerad; con el tiempo se tornará blanda.»

Seguídla el humor — repito — y atemperaos al viento que marque la veleta amorosa.

Por amable, alegre y risueña que sea la dama, habrá días en que se os muestre amurriada, displicente, en una tensión de nervios que le haga saltar por la cosa más baladí. Estos cambios tan bruscos son frecuentes en las muchachas casaderas. No obedecen á ninguna causa formal, pero resultan fastidiosos para los que tienen que aguantar sus efectos. Lo prudente en estos días atrabiliarios para el dúo, es abreviarle con cualquier pretexto plausible.

Igual norma de conducta debéis seguir si la Dulcinea está con hocico; procurad, ante todo, enteraros de lo que motiva su mal humor y de si sois causa del nublado; si lo sois, aguzad el ingenio para congraciarnos con ella; si no lo sois, consoladla; en uno y otro caso, haced por que se ría: las risas son rayos de sol que disipan las nubes más amenazadoras. Pero si, á pesar de vuestros intentos, advertís que subsiste la cara de vinagre, ya lo sabéis: poned al diálogo un punto final rápido: evitaréis que descargue sobre vosotros la tormenta.



«La muerte del centauro Neso», cuadro de Giordano. (Museo del Prado)

Puesto que me he metido á dómine en la escuela del amor, debo decir que si queréis evitar la deplorable y ridícula situación en que se colocan los enamorados que están de monos, no deis margen á que se resienta la vanidad de la damisela, motivo frecuente de disgustos y caras largas entre novios. No hay hija de Eva, por humilde é insignificante que la juzguemos, que no sea vanidosa: es la pasión más irresistible é irritable en la mujer.

Demostrad á la amada que en toda oportunidad y momento es la preferida vuestra.

No manifestéis admiración ni interés por las hermanas, primas y amigas que la acompañen: sed con todas finos y corteses, pero sin mostrar entusiasmo ni dedicar elogios á su belleza, su talento ó cualesquiera otras prendas que os cautiven el ánimo.

Hablad indiferentemente de todas las mujeres: una palabra, un gesto, una mirada imprudente, puede despertar una celosa inquietud en el ídolo. Los celos femeninos son más terribles que los masculinos, por ser la mujer de imaginación más fogosa que el hombre, más vehemente y vengativa, y dejarse impulsar por el sentimiento, no por la razón.

Inconscientemente puede perderos en un momento de celos, como Deyanira perdió á Hércules, enviándole la fatal túnica de Neso (1).

No haya cuidado de que á vosotros os vayan con parecidas túnicas, pero si os pueden dar un disgusto gordo. Y no hablo de las damas que, por celos fundados ó supuestos, atentan terriblemente contra el físico de sus adoradores, rociándolos con vitriolo: no son estas mujeres bravías y feroces las que forman en la legión amorosa para la que se escribe este Calendario.

La oposición de la familia del ídolo es uno de los más graves escollos

(1) Hércules, el héroe de las portentosas hazañas, se casó con la hermosa Deyanira, hermana del príncipe de Calidonia. Cuenta la fábula, que después de la boda tomó el héroe, con su mujer, la vuelta de Tebas; y como forzosamente tenían que atravesar el río Eveno, Hércules aceptó, complacido, el ofrecimiento que el centauro Neso le hizo de pasar á la princesa á la opuesta orilla. Pero Hércules, al ver que el centauro trataba de huir con su esposa, que en vano forcejeaba para librarse del monstruo, le disparó una flecha. Para vengarse, Neso, momentos antes de morir, dió á Deyanira su túnica, inficionada con la sangre de la hidra de Lerna, asegurándole que tenía la asombrosa virtud de reanimar, en el que se la pusiera, el amor amenguado por la inconstancia ó la infidelidad.

La crédula Deyanira, al enterarse que su esposo había renovado con lole sus pasados amores, le envió la túnica de Neso. Al principio, Hércules sintióse terriblemente atormentado por un fuego que le consumía, y, no pudiendo resistir tamaño suplicio, formó por sí mismo una pira, mandó á su amigo Filoteetes que la encendiese, y arrojóse á la hoguera, de la que fué arrebatado al cielo por Júpiter, su padre.



«Romeo y Julieta», cuadro de G. Hernández

en que puede dar á veces, la barca del amador.

Por lo regular, la familia se muestra hostil al pretendiente desconocido. Lógica y naturalmente, los papás desean colocar á la niña lo más ventajosamente posible, con un ciudadano que les ofrezca los suficientes garantías de que ha de hacerla feliz.

Estos papás son de los que se hacen cargo de la realidad de las cosas y no piden gollerías; pero los hay, ¡haylos, Teótimo!, que no se conforman con menos de emparentar con un archipámpano.

Claro es que si por sus prendas, posición y otras circunstancias, el pretendiente es un partido aceptable, se liman asperezas, y empezando por hacer la vista gorda al galanteo, se concluye por buscar un medio habilidoso para que la señora mamá se encuentre «casualmente» con el Fulanito. Y desde tal encuentro, todo marcha como sobre ruedas: el Fulanito es ya el novio oficial de la Fulanita, y, salvo raras excepciones, el noviazgo acaba como las comedias del antiguo régimen: en boda.

Esto en la mayoría de los casos; pero si la oposición de los padres se funda en la diferencia de clases, de intereses, ó de enemistades de familia, no suele terminar tan placenteramente el asunto, ya que el cortejante se ve obligado, á veces, á reducir á los que oponen un obstáculo terrible á su felicidad y á la de la amada.

La terca obstinación paternal es causa de que se truequen en elogios muchos epitalamios: basta hojear la Historia, y sin buscarlo en los libros, á diario, en los periódicos, para encontrar despeluznantes sucedidos amorosos, originados por la animadversión de la familia.

¿Quién no conoce *Romeo y Julieta*, una de las más admirables tragedias de Shakespeare, por su fogosidad y apasionamiento, que no en balde fué la primera que escribió en su juventud?...

Entre las brasas del encendido odio que se tenían las familias de Montescos y Capuletos, surgió la chispa que había de hacer arder en infinito amor el corazón de Romeo, un Montesco, y el de Julieta, una Capuleto.

Para no morir, pues renunciar á su cariño era la muerte, casáronse en secreto los que tenían que ocultar su noble pasión como un crimen.

Llevóles la esperanza de que la santidad del lazo que contraían obrase el prodigio de reconciliar á sus deudos.

Hubiérase cumplido, tal vez, este loable designio, si la Fatalidad, que en tantas historias de amor interviene, no hiciera aparecer inopinadamente á Teobaldo, primo de Julieta, el cual provoca á Romeo, que le atraviesa de una estocada.

El príncipe de Verona destierra al homicida, amenazándole de muerte si no abandona inmediatamente la ciudad. Romeo sólo tiene el tiempo preciso para despedirse de Julieta; tierna despedida, que es una de las más bellas páginas



“Hércules atormentado por la túnica de Neso”, cuadro de Zurbarán. (Museo del Prado)

shakespirianas y de las más plenas de emoción.

El padre de Julieta decide casar á su hija con un conde.

Julieta trata de esquivar el tremendo compromiso que las circunstancias le imponen; toma un narcótico para fingirse muerta, y se hace transportar al panteón de su familia.

Desolado, creyendo que la muerte le ha arrebatado á su adorada, Romeo se dirige á la tumba de los Capuletos; en el cementerio se encuentra con el conde que pretendía casarse con Julieta; los dos rivales se desafían, y el conde cae mortalmente herido. Romeo, tras una dolorosa invocación, bebe un tósigo que le proporciona el eterno descanso.

Julieta, al despertar de su letargo, ve horrorizada á sus pies el cadáver de su esposo, y con el puñal de éste pone término á su vida y á su desesperación.

Si la oposición de la familia puede resultar una calamidad, no es menos calamitoso que os sintáis invadidos por los celos.

Porque, sin querer, el celoso resulta un ente ridículo y divertido para los que le observan.

El temor de perder á la amada, en la que depositó su voluntad, su alma y su vida, le trae inquieto y receloso, haciéndole ver visiones y cometer muchas tonterías.

Felicitísimo estuvo quien dijo que los celos son hermanos del amor, pero como el diablo es hermano de los ángeles.

Tales hermanitos matan, casi siempre, la ventura de sus progenitores.

Por esto, y por tratarse del negocio que más puede interesarnos, que es el de la propia felicidad, no debéis dejaros guiar de apariencias ni dar entrada á crueles sospechas que, arrebatándoos el juicio, pueden producir una irreparable desdicha; como la que produjo aquel cuyo nombre figura en todos los idiomas para designar á los celosos: Otelo.

Desdémona, noble patricia veneciana, se casa por amor con Otelo, valeroso soldado moro, al servicio de la aristocrática República.

Marido y mujer se adoran; para ellos la felicidad tiene un nombre: su cariño.

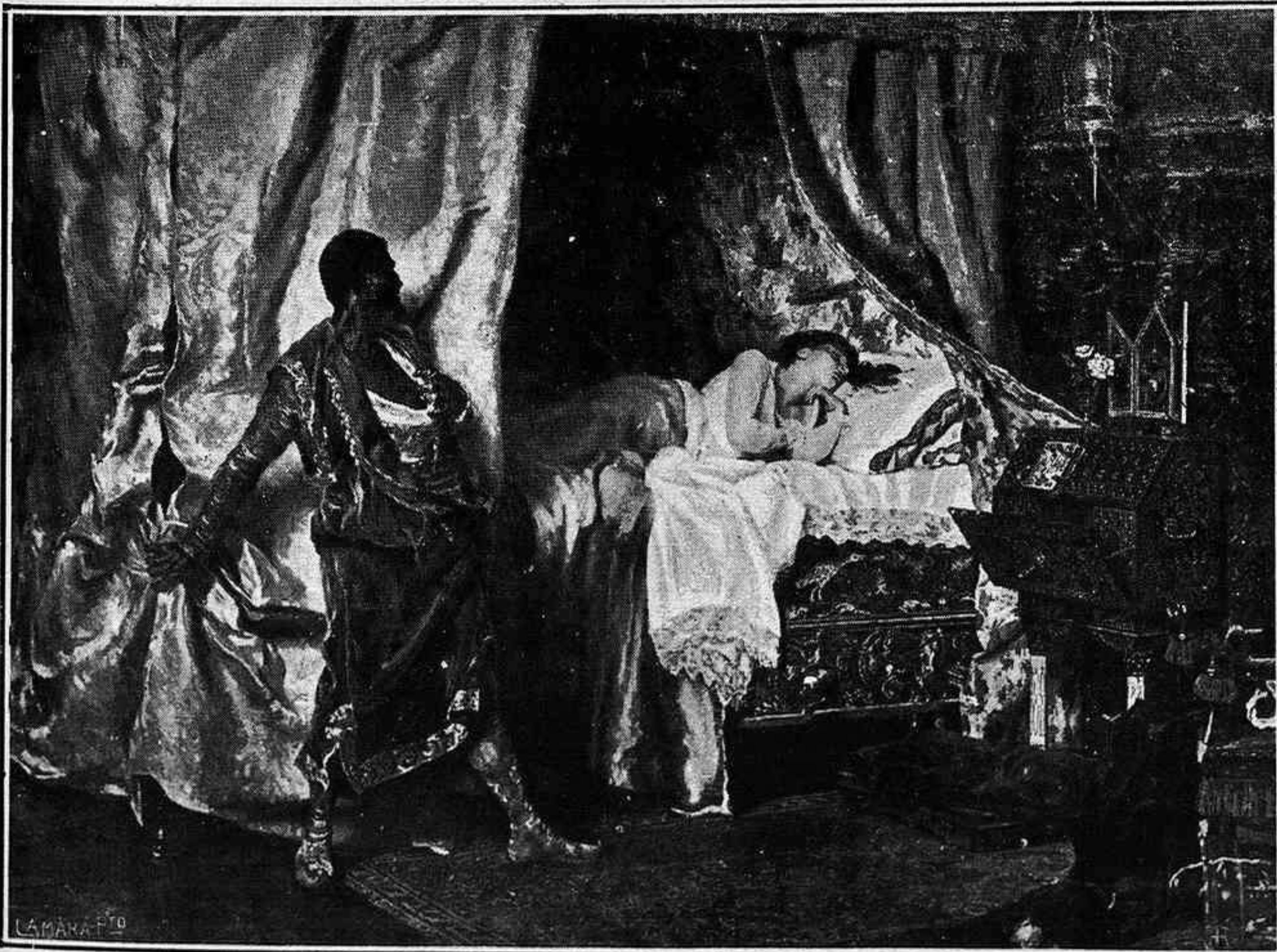
Casio y Yago, subordinados de Otelo, comparten la amistad y confianza del caudillo. Yago, traidor é hipócrita, trata de seducir á la mujer de su general, y al ser rechazado por ésta, el odio y la venganza, dominando su ruin alma, le aconsejan inspirar celos á su jefe y amigo, señalándole al noble Casio como el amante de su mujer.

Una fatídica casualidad, el hallazgo de un pañuelo, afirma la tremenda sospecha, y Otelo, dejándose llevar de la ira, de la desesperación, de la fogosidad de su temperamento africano, del infinito dolor de creerse burlado por lo que más ama, estrangula á Desdémona en su lecho.

Alreconocer su fatal yerro, declara ser un desdichado que se dejó arrastrar «como loco por la corriente de los celos», y que sus ojos, que «antes no lloraban nunca, han destilado luego largo caudal de lágrimas».

Se hiera mortalmente, y sus últimas palabras son para decir á Desdémona: «Esposa mía, quise besarte antes de matarte. Ahora te beso y muerdo al besarte.»

Tal es *Otelo, ó el moro de Venecia*, la tragedia inmortal que escribió el más grande de los dramaturgos: Shakespeare.

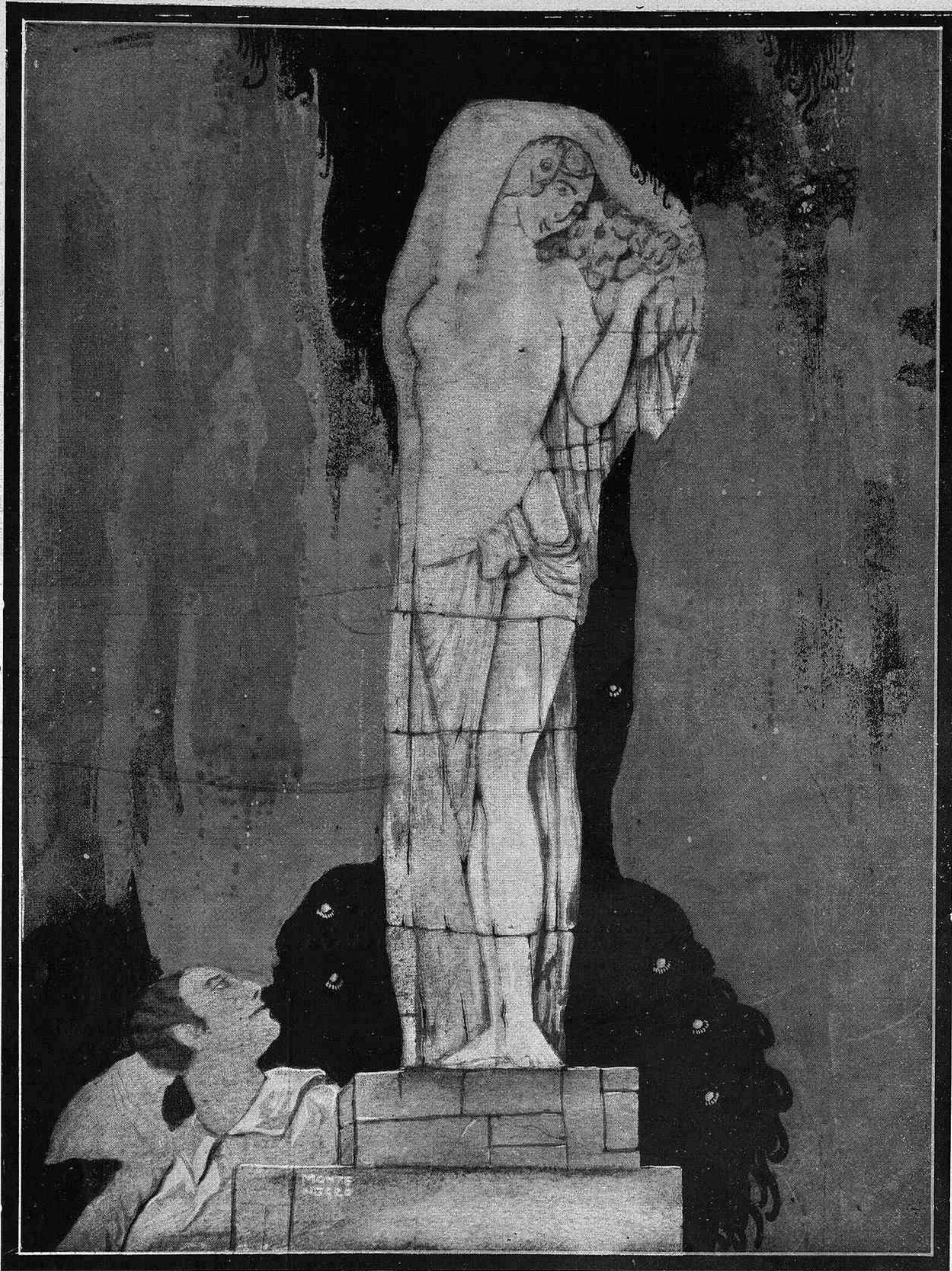


“Otelo y Desdémona”, cuadro de Muñoz Degraín

FOTS. LACOSTE

ALEJANDRO LARRUBIERA

LA ESTATUA



Blanca, gentil visión: en torno tuyo
mi pensamiento gira y se recrea.
Tu desnudez gloriosa,
¡oh, divina belleza!,
un templo merecía
bajo el cielo de Grecia.
En el plinto de pórfido
dejaré mis ofrendas:
áureas estrofas, besos inflamados,
brazadas de laurel, de rosas frescas...

¿Cómo nació mi amor ó mi locura?...
De la alta noche en la quietud serena
entré furtivo en el jardín silente,
pisando quedo la mullida hierba,
y al resplandor lunar miré con ansia
tus labios adorables, que no besan,
y los vi sonreírme... ¡Fué sonrisa,

ó la sombra móvil de la hiedra?...
Si fué sombra tan sólo, la he besado
en tu boca de mármol entreabierta,
cuando reía el ruiseñor, oculto,
con vibrantes, irónicas endechas...

Plástica maravilla,
sueño mío imposible, ¡si pudiera
darte un poco del alma que me sobra;
darte un poco del fuego de mis venas!...
He querido animar, cual Prometeo,
una estatua soberbia,
y es buitres que destroza mis entrañas
el vesánico afán, mi amor por ella...

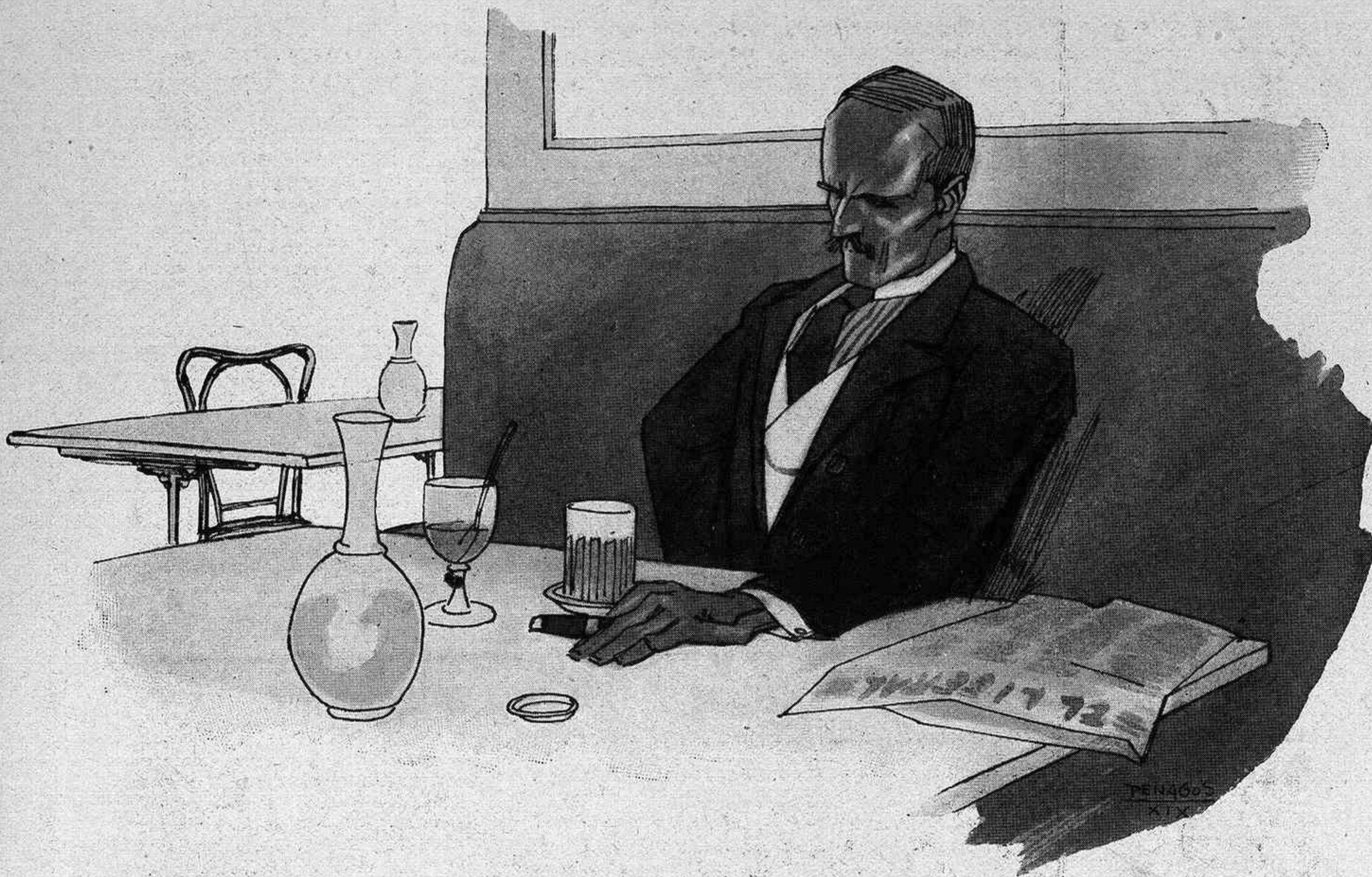
Cuando á mis ojos arrebató el tiempo
la transparente, sonrosada venda,
y al peso de los años

incline la cabeza,
tú seguirás erguida
bajo el palio de hiedra,
mirando, indiferente,
aquel sendero en que dejé mis huellas...
El importuno ruiseñor de antaño,
festigo y trovador de una quimera,
habrá muerto... Del beso aquél, absurdo,
no quedará quien cante la leyenda.
Y tú, maga insensible,
indiferente y muda á mi querella:
nadie podrá leer nuestro secreto
en tus ojos impávidos de piedra!

Manuel VERDUGO

DIBUJO DE MONTENEGRO

EL HOMBRE DEL CAFÉ



PARA el que nunca vino a Madrid, porque nació en Madrid, y no llegó de fuera, porque está para siempre dentro. Para el hombre madrileño *a nativitate*, el hombre del café no existe, porque es él mismo. Y nadie, no hay nadie que se ignore tanto como ó más que uno mismo.

Además, el hombre de Madrid acaso sea éste, el hombre del café.

Este hombre no lo conoce ninguno mejor que..., ó sólo lo conoce el hombre de provincias.

Y para conocerlo ó reconocerlo, el método es tan sencillo como cordial. Es un método de evocación y muy de familia.

Hace un año, dos años, tres años; hace un siglo, si fuera posible un siglo en un mismo ser; y tú, hombre provincial que eres viajero y algo minucioso y entretenido y observador, porque no has dejado el despierto espíritu de avisamiento de los hombres aldeanos; tú, al año, á los dos años, á los tres años, á ese siglo que desgraciadamente no será, pero que sería lo mismo si pudiera ser; y tú, hoy mismo, á la hora del día ó de la noche que más te venga á la vocación y á la evocación, que será la de la noche, es á la noche cuando mejor se recuerda, se evoca, se reconstruye. Y, entonces, tú te vas al salón del café. Te sientas y pides tu consumo, según el vicio que te creó tu vida de Madrid. Y al fin pedirás café, aunque sea con media tostada, que esto es el resabio del medio hambriento que todo español lleva.

Y así ya, te dejas querer y apoderar de la influencia de esas salas de café tan de Madrid que tienen una prodigiosa equivalencia con los fumadores de opio: donde se desconoce el tiempo, y no hay estación del año ni vacación para el hombre del café. Es el único hombre que ni descansa porque no trabaja?

Y así ya, en esa posición y en esa observación, de una ojeada lo verás todo, á todo el hombre, el hombre del café.

Y te sentirás el hombre del mundo y en posesión de todos los secretos de hacer y de decir. Pues desde que no tenemos poder en el mundo ó dentro de nosotros, inventamos la mesa del café, que es todo lo que está fuera de nosotros y no nos pertenece y no nos importa... ¡Y quien no se consoló y no se compensó, fué porque no

quiso! Desde la mesa del café, todo se puede.

Y así ya, sobre la mesa del café, aquí se quedaría; con únicamente verlo, estaría acabado el conocimiento del hombre del café, que es el hombre invariable, el hombre de siempre.

Ese hombre; esos mismos hombres de esta hora, de este mes, de este año, ¿y de este siglo?, son los mismos de aquel otro día, de aquel otro mes y de aquel otro año en que tú, filósofo y aldeano, los conociste.

El hombre del café no varía. Jamás muda de sitio, ni de cara, ni de humor; precisamente porque es el hombre de menos humor que existe. Porque se sentó para siempre, para no levantarse jamás. Y no canta, aunque canturrea; no reza, aunque rezonga; no anda, aunque patalea; no se enfurece, aunque se repudre; no ama, aunque se descorazona; no odia, aunque murmura ó critica; no desprecia, aunque escupe; no grita, aunque clama en su desierto artificial; no come, aunque cocinea; no ríe, aunque carcajea; no llora, aunque es lamentador y hasta lacrimosa; no bebe, aunque se emborracha. No es un hombre, aunque se cree un superhombre. Es una piedra, aunque maldice de las piedras inclusive, como si fueran sus rivales... Y así están las piedras, sólo las piedras; porque las demás criaturas acontecen tener y poner su expresión tan varia como es la vida. Y el hombre del café es el hombre de la pirámide, que está siempre burlando la vida. Es el hombre del pueblo viejo.

Así, el hombre joven, no digo nuevo, el hombre de Norteamérica, no conoce al hombre del café. Este es más latino y oriental. Este es el hombre de la horizontalidad.

Para el hombre del café, *español de Madrid*, se hacen las guerras y las políticas y los parlamentos y los crímenes y todos los escándalos de casa y boca. Porque es la comadre mundial y la de los masculinos. Que si antaño y hogaño las mujeres tenían y tienen para su comadreo las puertas de la calle y las salas de sus casas, los hombres buscan el salón del café, al que las mujeres también han invadido...

Alguna vez el hombre del café se siente científico y artista, y nombra á los sabios; pero han de ser extranjeros. Para el hombre del café, en España no existe más que la cábala de la lotería, que es el juego de los fracasados, los impo-

tentes y los gándules, y el arte del torero, que es el *Inri* de la crucifixión de nuestra raza.

¿Y no nos da usted nombres y lugares, nombres de hombres y lugares de cafés? ¡Localice usted. Señale usted...! Y yo os digo: No quiero amargar vuestra vida, que sois mis hermanos, hombres de los cafés, ni haceros el reclamo, que es vuestro negocio, incluso de Vicaría, ¡oh, Vicaría del café de Correos!, dueños de los cafés. Y no entro en lógicas concretas, yéndome por las ramas, sin irme al tronco, para no mortificar á mis hermanos. Generalizo, que es lo más humano.

Todos tenemos nuestra parte viva en el hombre muerto del café, aunque parece que vive, porque va á los toros, derriba Gobiernos é inventa maquinarias de vivir sin trabajar. Y aparenta que vive, aunque sobrevive al fracaso, que encierra cada uno, contra la mesa del café, la piedra su igual, contra la que se rompe á diario la cabeza y se estruja el estómago: ¡oh, familia del café! ¡oh, pareja del café! ¡oh, tertulia del café! ¡oh, genio! ¡oh, solitario! ¡oh, salvaje del café!

Y no soy más extenso, ¿ni intenso?, porque ni puedo serlo, ni tú puedes serlo, ni aquí hay espacio para un tipo como tú, ¡hombre del café!

Y para no ser menos que tú, para que nos cobije á todos la misma gracia ó desgracia, Pedro Virreya, lleno de fraternidad, te escribe y describe como puede, desde la mesa de un café. Y el camarero, con su ramplona cortesía, me da un grito, algo impaciente. Dice: — El señor, ¿quiere el señor café? — No — le dije que no, y le dije té... — ¿Té? — Sí, té.

Y he de tomar té, á pesar de que nuestro forzoso vegetarianismo lo repugne y ridiculice; he de tomar té, como el que quiere saltarse un ojo con tal de diferenciarse en algo de los demás hombres impopulares, hombres de los cafés.

Y sí. Sírvame, estúpido camarero, digno de tus dos ojos, que no ven nada, ni menos verán el tuerto, ni el cojo, ni el manco, ni el calvo, que yo escogería para mi divisa. Sírvame el té, que yo no soy ni aquel, ni aquel, ni aquel, que hacen toda su vida una misma hora, una eterna hora, ante el brebaje del hombre impopular; porque son uno mismo los hombres de todos los cafés...

FEDERICO NAVAS

DIBUJO DE PENAGOS

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LA GALLINA CIEGA

Uno de los más bellos cartones para los tapices de Goya, que se conservan en el Museo del Prado



La moda Femenina



“Sed clara y profunda á un tiempo mismo”, decía Gautier á una lectora que queria ascender á escritora. Seguid ese consejo para los trajes de noche y de comida. La claridad de la carnación blanca y la profundidad densa del vestido negro con arabescos de oro, que parece evocar las noches de un Oriente literario



Las capas no se las ha llevado el verano, como parecía prometer su gracioso anacronismo. Se “quedarán” en el otoño y serán ligeras, adaptables, sumisas á la línea y la actitud femeninas



Hay que guardar los *maillots* de baño, las pieles anacrónicas pero tan graciosas sobre los trajes aéreos y sutiles del verano, los sombreros de paja florecida ó frutecida, como los de una Flora ó una Pomona amigas de las costas y las montañas.

Las tiendas fulgen, rutilan, deslumbran, á las horas flameantes del crepúsculo. Las revistas de modas ofrecen el espectáculo diabólico de las toaletas inéditas. Y por las salas de los primeros tés danzantes y por las praderas de los últimos concursos hípicas circulan los maniqués, que las señoras miran de reojo y los caballeros frente á frente.

La Moda, generosamente previsora, se anticipó á los retornos y á los deseos, y sonriente, acariciadora, con las palabras y con las miradas, sale al encuentro de las bañistas, de las montañistas de ayer, como la primera de una gran casa de elegancias:

—Oh, madame! Enchantée de vous revoir!

Y detrás de ella frufutean las sedas, se abren las pieles y parecen volar aligeros los sombreros «último grito».

PÁGINAS ARTÍSTICAS



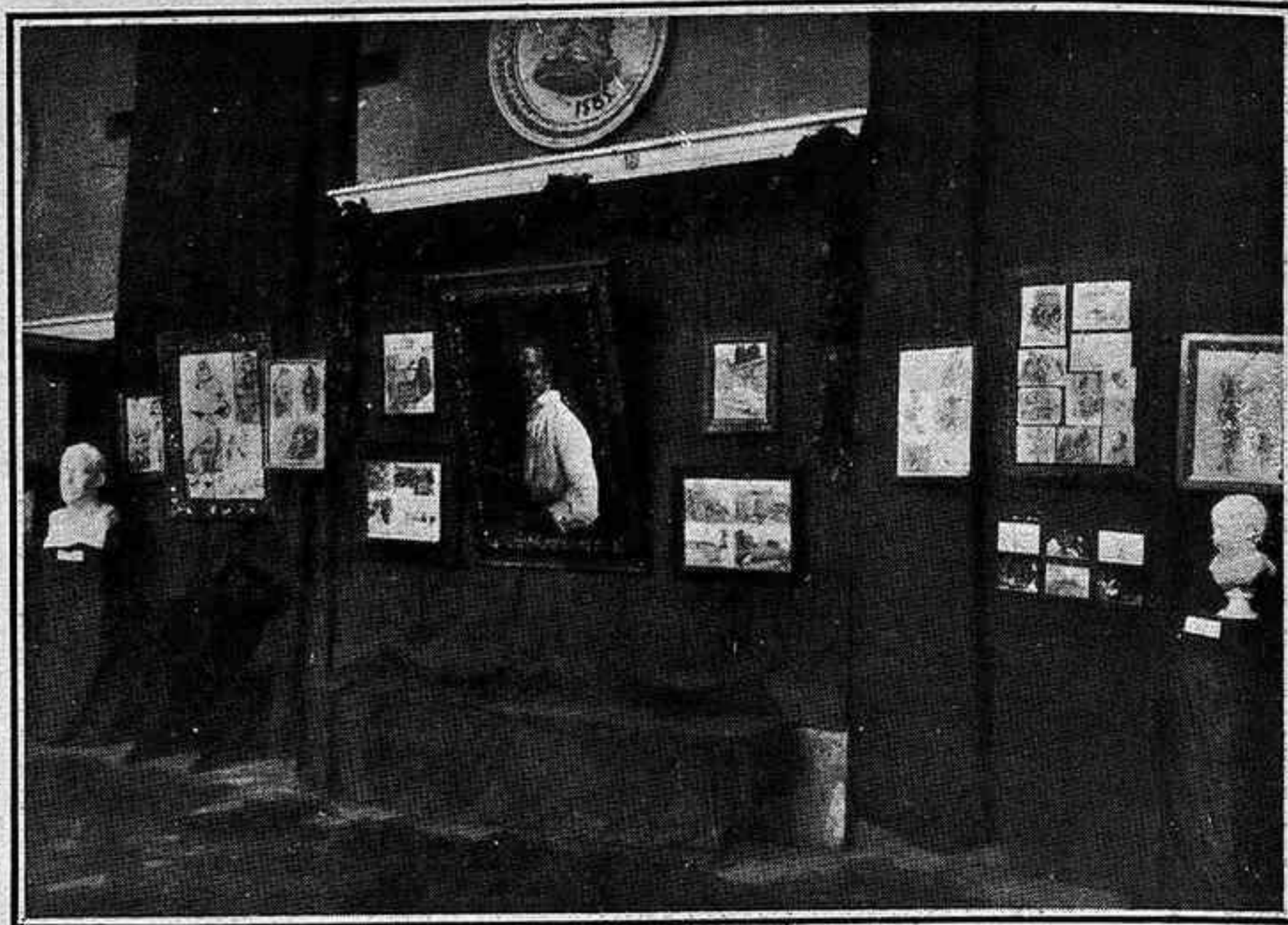
LA CASA VIEJA, dibujo de Máximo Ramos

BIBLIOTECA
MAGNUS

LA VIDA ARTÍSTICA
Exposiciones en Badajoz, Valencia y San Sebastián



Una de las salas de la VIII Exposición regional de Arte de Badajoz, con obras de Hermoso, Caldera, Martínez, Blanco, Cabrera y Losa



Instalación particular de las obras del malogrado pintor José Benlliure Ortiz en la Exposición de Bellas Artes de la Juventud Artística de Valencia

Los artistas extremeños han ratificado por octava vez la afirmación de sí mismos en un esfuerzo mutuo. Organizada por el Ateneo de Badajoz se celebró en esa capital la VIII Exposición regional de Pintura, Escultura, Arte decorativo y Fotografía.

Mucho más importante que las anteriores, en cuanto al número de obras presentadas y de artistas concurrentes, ha tenido, también, la eficacia expresiva de su pureza regional, no contaminada ni bastardeada por elementos ajenos a las dos provincias frateras. Todos los expositores han nacido en las sendas capitales ó en los pueblos de Cáceres y Badajoz. Y mientras algunos de ellos, alejados del terruño, desvían su inspiración por rutas descaracterizadoras, la mayoría se obstina con amorosa testarudez en los motivos temáticos de figuras, paisajes y costumbres netamente extremeñas. Inútil añadir la importancia y mérito de esta última orientación.

Desde luego la sección de pintura era superior á la sección de escultura en la VIII Exposición regional de Badajoz. Fijaban ya esta supremacía los lienzos de Hermoso y de Covarsí. Eugenio Hermoso presentaba seis cuadros—*María y Miguel, Una serrana, La niña del clavel, Los dos amigos, De la fuente y Rosarito*—animados de ese plácido encanto que hace de su pintura una sonrisa virginal y una fragancia campesina. Sobre todos ellos *Rosarito* hablaba con el mismo acento de sublime perfección que la bellísima *Rosa* de nuestro Museo de Arte Moderno.

Covarsí exponía ocho obras. Figuras, paisajes; *El guarda del coto* y *Campeños portugueses*—ya juzgados con elogio en España y fuera de



"Gerinaldo", cuadro de Adelardo Covarsí

España—, *El otoño en Extremadura, El viejo molino, Nubes de rosas*, donde el espíritu del pintor se revela sentimental y emocionado. Pero ha sido *Gerinaldo* el cuadro de mayor éxito.

A las de estos jóvenes maestros seguían en importancia las obras de Pérez Rubio y de Juan Caldera. Pérez Rubio es ya más que una promesa. Empieza á cuajarse, á definirse en él un admirable paisajista. En el grupo de los Frau, de los Prieto, unidos casualmente por las estancias veraniegas en el monasterio del Paular, Timoteo Pérez Rubio nos parece el artista mejor orientado y de más sólidas condiciones constructivas para que no peligre su sensibilidad. Aquejado, sin embargo, de cierto *mirismo*, de esa obsesión por Joaquín Mir que es el veneno de los paisajistas jóvenes, incapaces de asimilar la genialidad del gran maestro catalán. Pero también Pérez Rubio será de los que más pronto se liberte de tal influencia.

Juan Caldera, menos «hecho» todavía que Pérez Rubio, pero ya destacado y con méritos personales. Recientemente publicaba LA ESPERA el *Rincón de Cáceres*, que expuso en la Regional de Badajoz. En Santander hemos tenido ocasión de ver algunas de sus figuras de mozas extremeñas animadas de una vigorosa sensación vital. Caldera tiene positivas condiciones de pintor. Así lo reconoció el Jurado de la Exposición de Badajoz, concediéndole primera medalla por su cuadro *Jueves Santo*.

A estos cuatro pintores deberán añadirse cuatro dibujantes: Blanco Lon, Alfonso Trajano, Antonio Chacón y Antonio Juez. Estos nombres no son desconocidos. Han figurado ya en los catálogos de los Salones de Humo-



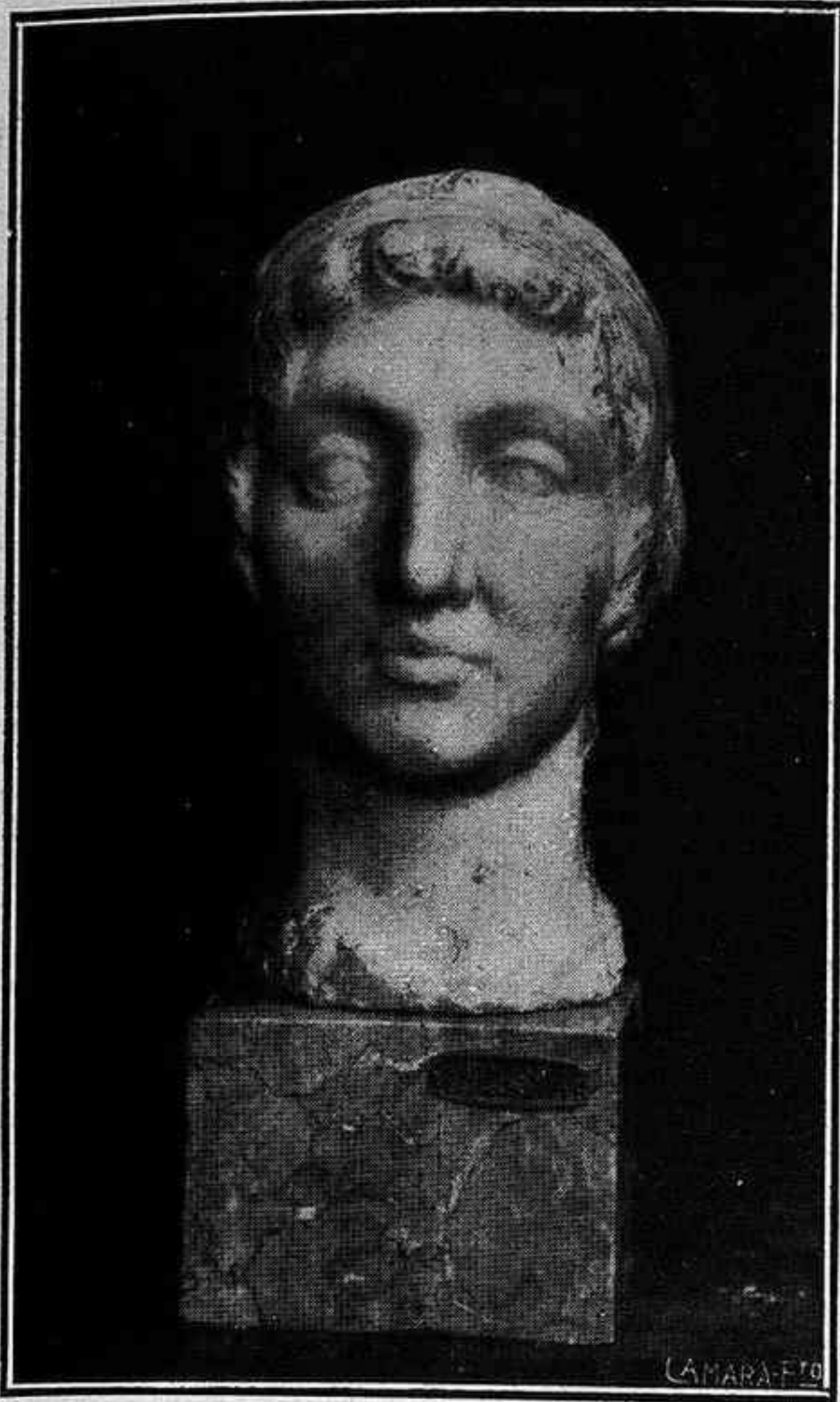
"Retrato", cuadro de Manuel Benet



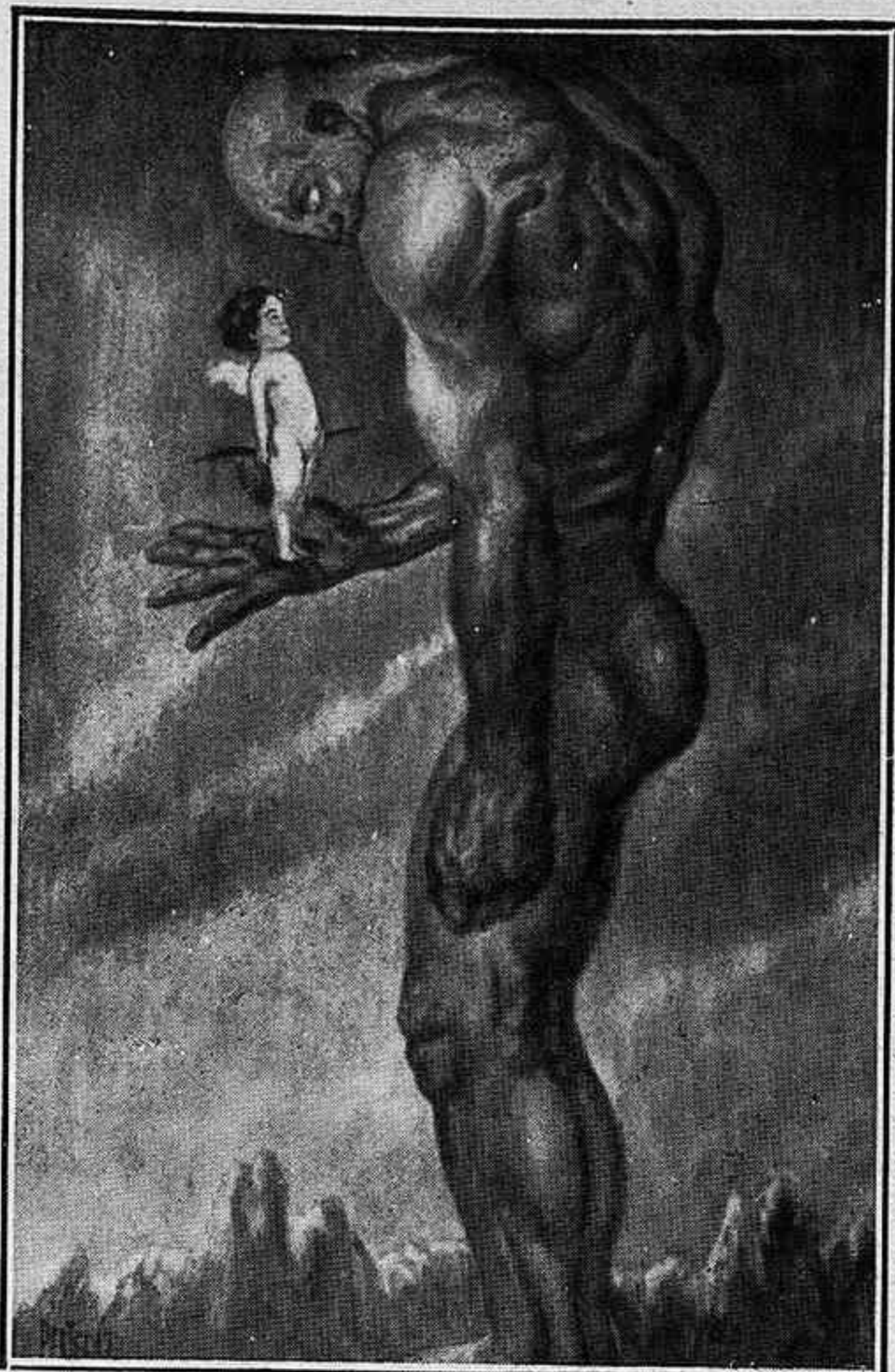
"Procesión del Corpus en Asis", cuadro de José Benlliure



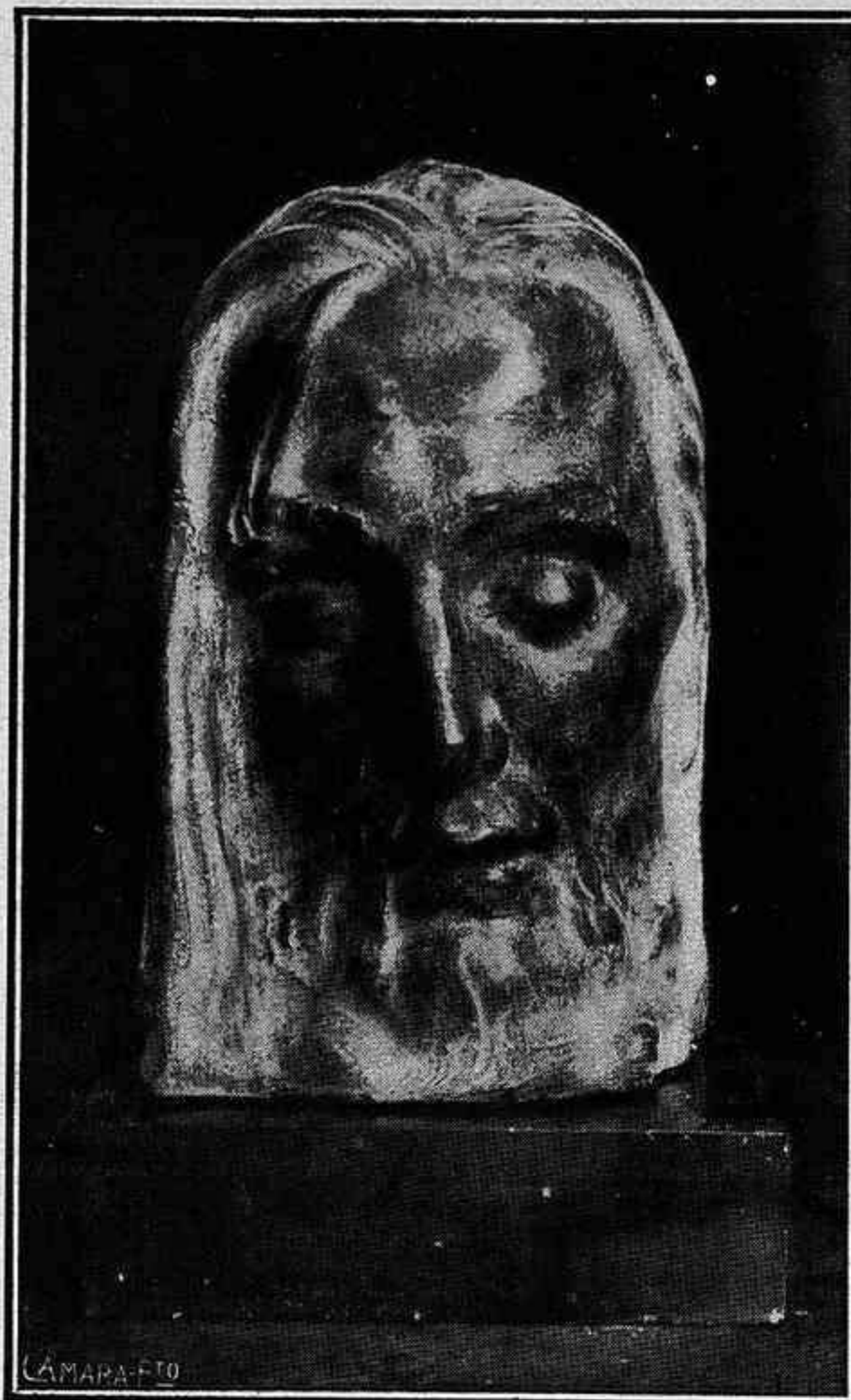
"Milagritos", cuadro de Manuel Montoro



"Augusta", escultura en mármol, original de Carmelo Vicent



"¿Tan pequeño y me vences?", pintura original de Enrique Pertegás



"Redención", escultura en bronce, original de Carmelo Vicent

ristas, en las ilustraciones de las revistas semanales. Pertenecen a esta admirable serie de ilustradores y decoradores que hoy día ostenta orgullosa España.

Blanco Lon, el menos conocido, es tal vez el más notable de todos. Sus ilustraciones a las *Novelas ejemplares*, al *Quijote* y a algunas obras modernas como el *Breviario Sentimental*, de López Prudencio, revelan un futuro maestro en el género.

Antonio Juez es un decadente, una «consecuencia» artística de Zamora, como Alfonso Trajano otra consecuencia artística de Bujados. Pero esta indudable filiación de ambos jóvenes dibujantes no la creo perdurable. Bastará que se fijen un poco más en sus modelos para aprender el don de la diversidad. Porque ni el arte de Zamora es solamente la perversidad erótica y enfermiza de ciertos dibujos suyos, ni el arte de Manuel Bujados es solamente lo que de un modo externo y pegadizo ha imitado Trajano.

Antonio Chacón parece más personal, acaso por menos picardía técnica. Completaban la sección de pintura, además de los envíos de la



"Rincón del puerto de Ostende", cuadro de A. M. Ortiz

Escuela Municipal de Artes y Oficios, cuadros y dibujos de los Sres. Antolín, Beltrán, Blanco, Blasco Carrasco (A. y R.), Gamero, Gómez Mora, Martínez Visel, Moisés, Núñez, Pineró, Quirós, Rajal, Rubio, Sánchez Varona, Vicente, Vidarte y Villar.

En escultura exponían Gabino Amaya, Eulogio Blasco—artista de un extraño talento del que hablaremos alguna vez, porque tiene su personalidad bien definida—, Aurelio Cabrera, Pérez Comendador y la señorita América Sosa.

Por último, la sección de fotografía se componía de los envíos de los Sres. Aretis, Garroséra, López Alepis y Peralta.

La *Juventud Artística* de Valencia ha celebrado en la Universidad Literaria su IV Exposición.

Son rectos y seguros los jóvenes en medio de su turbulencia. Tienen ese legítimo deseo de representar un valor ibérico en el arte contemporáneo, de adelantar su tradición mediterránea por las rutas nuevas.

Sirviendo para señalar obras inéditas ó repetir tendencias conocidas,

Montoro, Moreno, Murillo, Palmaroli, Sánchez, Sanchís, Sancho, Sanz, Samequet, Segura, Soler, Soriano, Torosa, Cabelló, Castellano, Flor, Hurtado, López Blasco, Peiró y Suay. Durante la Exposición dieron conferencias literaras y criticos de tanto prestigio como los Sres. Domenech, Muñoz Dueñas, González Martí, Blanco Coris, Llopis Piquer, Planas y Alfaro.

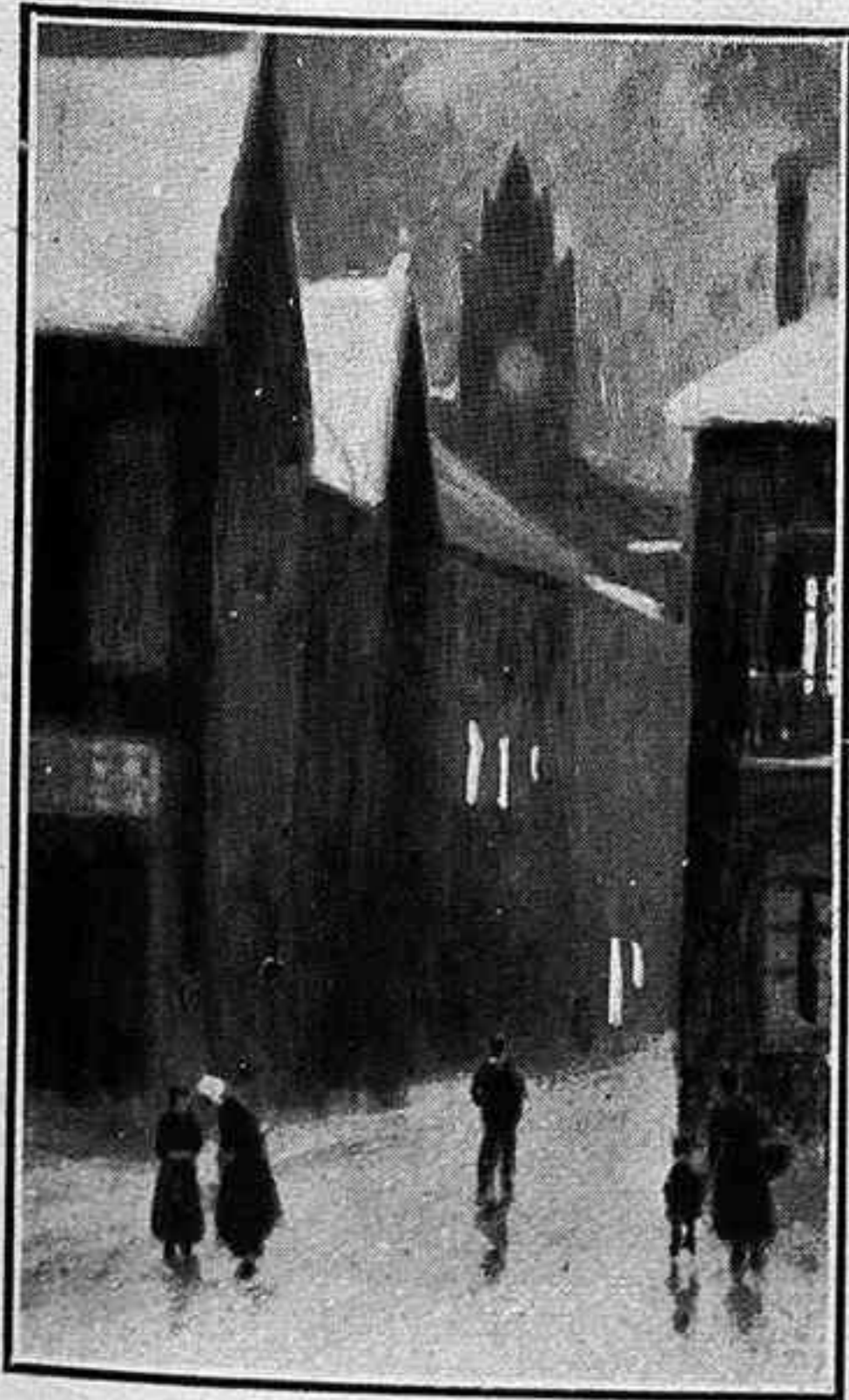
En San Sebastián, procurando rivalizar con el ambiente de elegante frivolidad, que predomina en la bella ciudad durante el verano, también se han celebrado algunas exposiciones personales. De entre ellas es oportuno mencionar las de los Sres. Almela y Ortiz en el Salón Photito, y la de Francisco Echenique en el Salón de *El Pueblo Vasco*.

Los tres paisajistas; pero mientras el Sr. Ortiz muestra una visión impresionista del paisaje, los señores Echenique y Almela se limitan a los aspectos de ciudades, campos y puertos españoles. Ortiz presenta notas de Francia, Italia, Holanda, Turquía, Bélgica y los Estados Unidos. Almela reproduce rincones pintorescos de Guipúzcoa, y Echenique de Navarra.

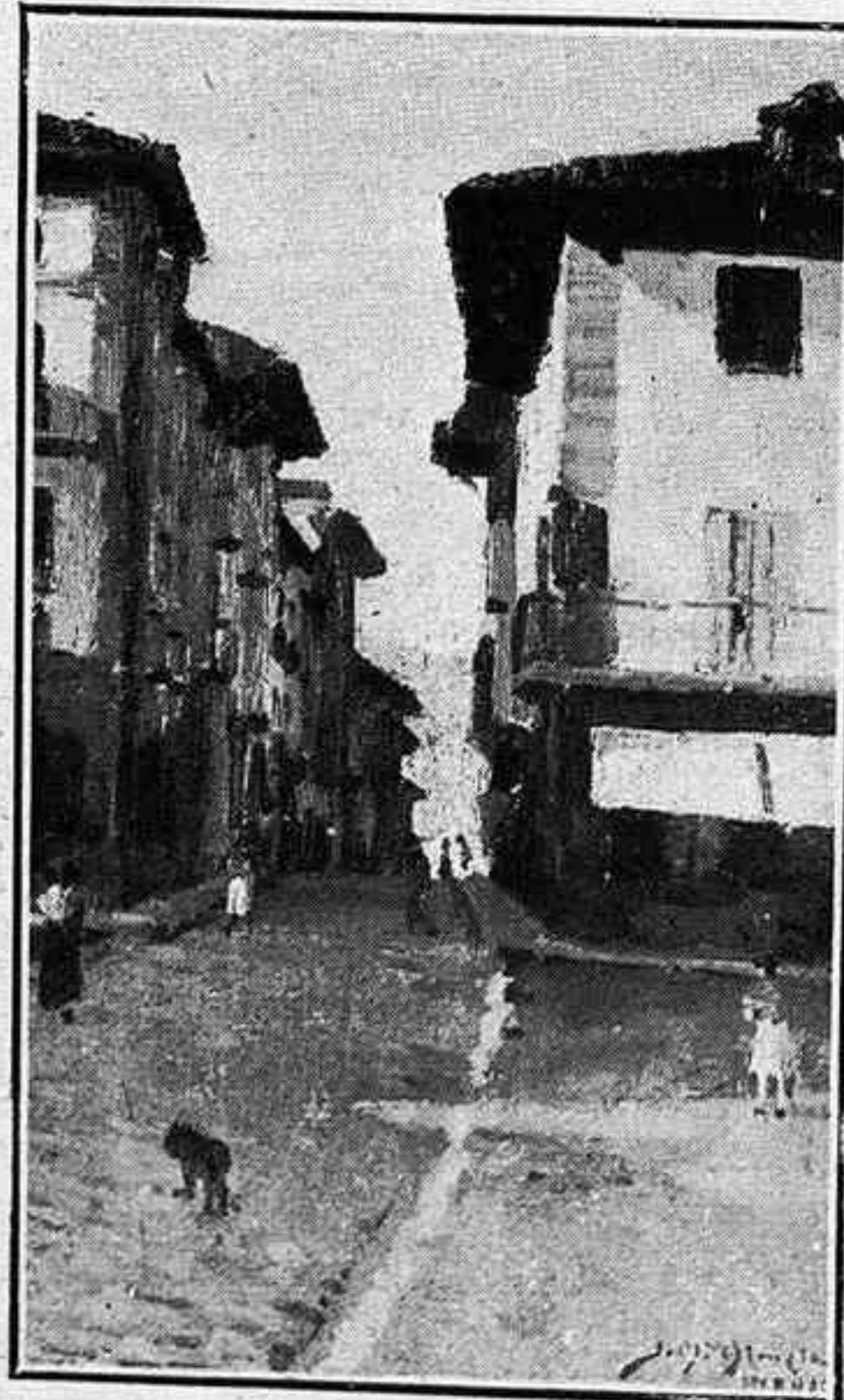
esta Exposición ha servido, también, para revelar cumplidamente a dos artistas jóvenes y meritísimos: Enrique Pertegás, primera medalla en pintura, y Carmelo Vicent, primera medalla en escultura.

Pertegás es un gran decorador, un dibujante de sólida educación clásica, valorada por una gran fantasía. Carmelo Vicent es uno de los más admirables escultores levantinos de la juventud; del grupo triunfador de los Capuz, los Ortells, los Navarro, los Marco, los Mateu, los Pinazo, los Beltrán...

A la Exposición concurren, además, el veterano D. José Benlliure, Manuel Benedito y Cecilio Plá, como socios protectores. Había una instalación especial de estudios y apuntes con el autorretrato del malogrado Benlliure Ortiz, y presentaban obras los pintores Aldás, Andreu, Balaguer, Benet, Bernabeu, Campillo, Clarós, Colomer, Esteve, Fabregat, Furió, Gil, Goñi, Ibáñez, Les, Llácer, Marco López, Marco Chilet, Más, Peris Rueda, Pitarch, Roda, Ruiz, Marco López, Marco Chilet, Más, Peris Rueda, Pitarch, Roda, Ruiz, Samequet, Segura, Soler, Soriano, Tor-

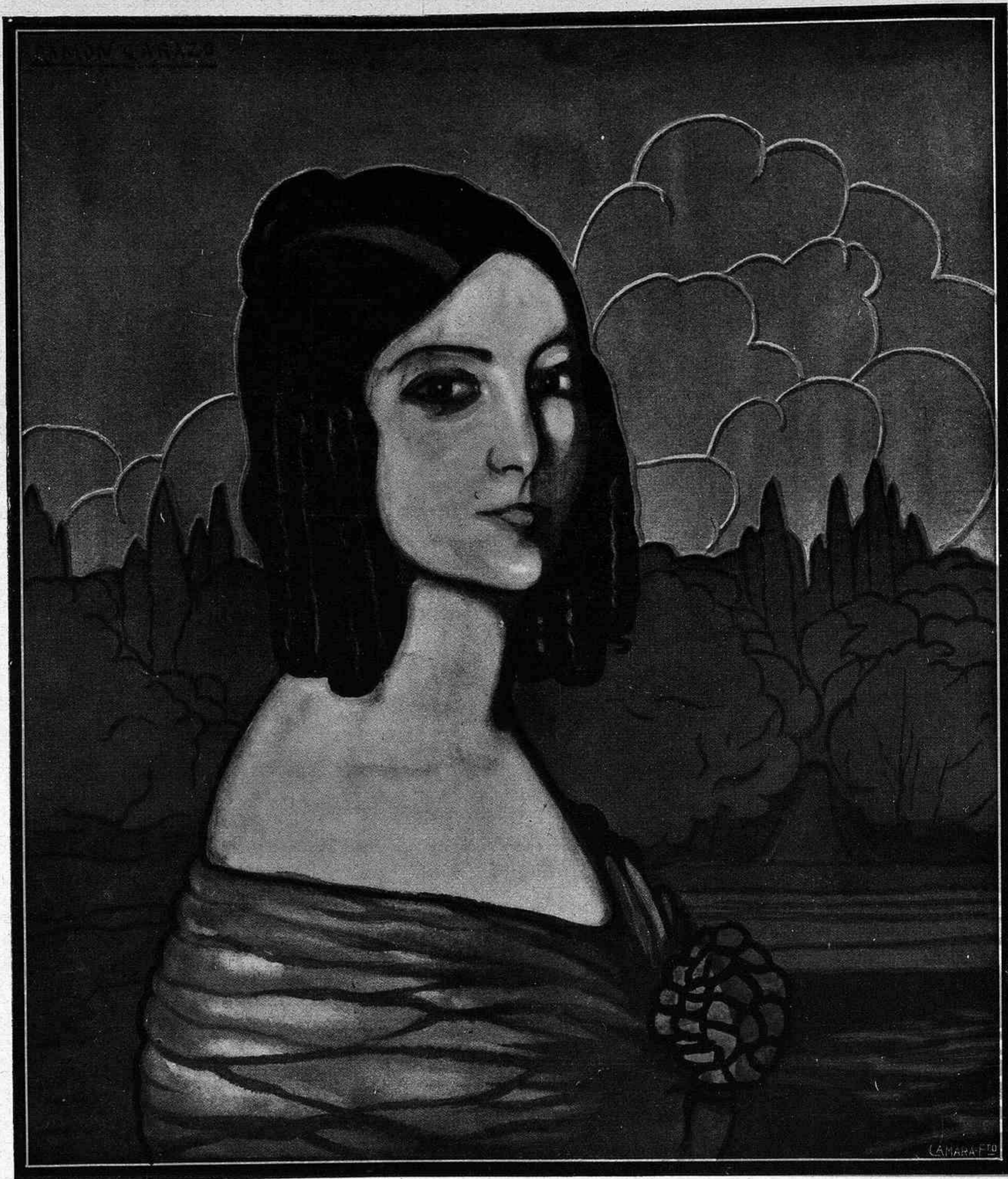


"Noche de nieve en Amberes", cuadro de A. M. Ortiz



"La plaza de Hernani", cuadro de José María Almela

LIENZO VIEJO



*Cuando miro el retrato de esta noble señora,
honor de la familia y adorno de mi estancia,
parece que el espíritu del tiempo que fué, llora,
y que un ramo de flores esparce su fragancia.*

*Es un viejo retrato que heredé de mi abuelo;
tiene rayado el lienzo y el marco de caoba,
y duerme con sus árboles, sus aguas y su cielo,
vecino de la estampa del Cristo de mi alcoba.*

*En él, como una diosa, con su perfil de escudo,
la gala de mi estirpe destaca su figura:
imagen de medalla, tiene el cuello desnudo,
tirabuzones negros y ojos de calentura.*

*¡Romántica señora, de los ojos divinos!
Tubo nombre de reina, pues se llamó Isabel;
vivió cuando luchaban carlistas y cristinos,
y pudieron pintarla Madrazo ó Esquivel.*

*Hay entre sus papeles muchas cartas leales,
de pálida escritura que el tiempo va borrando,
testigos de sus altos principios liberales
y de su amor al trono de la hija de Fernando.*

*Es fama que, lo mismo que Mariana Pineda,
sellando la firmeza de su fe liberal,
compró un rico estandarte bordado de oro y seda
y lo entregó á la invicta Milicia Nacional.*

*¡Quién sabe en qué olvidado despán de algún
[Museo,
añorando entre sombras el tiempo de otros días,
empolvado y marchito, dormirá aquel trofeo
que su lienzo glorioso desplegó en Platerías!*

*Porque era la señora de tan gentil semblante
y tenía en los ojos un extraño fulgor,
los poetas le dieron la rosa más fragante
que arrancaron, lozana, del rosal del amor.*

*Tassara cantó el negro raudal de su cabello,
la proclamó Zorrilla huri de una Oriental,
Molins ensalzó el blanco de cisne de su cuello
y Selgas el hechizo de su voz de cristal.*

*Su garbo de española lució en la Castellana
cuando era la Montijo un sol de gentileza,
y vió cómo la Reina coronaba á Quintana,*

rindiendo ante las musas el cetro y la realeza.

*Al arte, más que al lujo, abría sus salones,
porque hermanar quería el arte y el amor:
después de una romanza ó de unos rigódones
declamaba los dulces versos de El Trovador.*

*Como gentil y bella, fué pródiga y cristiana;
no quiso marchitarse con novio ni galán;
vió estrenar en el Príncipe Venganza catalana,
y aclamó á Prim y O'Donnell después de Tetuán.*

*Tuvo un triste crepúsculo de olvido y abandono
en los sangrientos días de la Revolución,
y viendo deshacerse en astillas el trono,
cerró al mundo sus puertas, llorando de emoción.*

*¡Romántica señora de las carnes de seda,
que llevó por el Prado mantilla y guardapiés!
Entre tus trenzas viven los versos de Espronceda
y un lírico discurso de Donoso Cortés.*

José MONTERO

DIBUJO DE RAMÓN CARAZO

“PASTELILLO” VA EN AUTO

(CUENTO)

Si preguntáis á un guardia de Orden público, de esos que cuanto más adustos son mejor creen cumplir su deber ciudadano, quién era y cómo era mi amigo «Pastelillo», seguramente que os contestará:

—¡Un diablo! ¡Un golfo! ¡El granujilla más desvergonzado de todo Madrid!...

Pero no dice bien quien tal diga.

Cierto que Julián, así se llamaba, con sus doce años desmedrados y paliduchos, con su pelo negro, ensortijado, su boca pequeña y sus ojos pícaros, fué el rapaz más travieso de la plaza de la Cebada; verdad que algunas veces, aprovechando el desuido de los acaparadores, hurtó tal cual naranja y hasta sus dos ó tres repollos y brecoleras; positivamente que él fué quien ató á rabos de perros y gatos viejas sartenes, roñosas latas y desportilladas cacerolas, y, sin embargo..., ¿quién sino «Pastelillo» salvó de la muerte á la hija de «la Perejilera», que, dormida

ca, pues fué «Pastelillo» y cortó la cuerda del lacero, dió libertad al cautivo y secó las lágrimas de la mocita, que al ver huir á su can, rió tan agradecida como satisfecha.

Estos eran los pecados y estas las virtudes de Julián, que, por otra parte, gustaba con tanta delectación como la de comer pasteles, la de ganar los tranvías en marcha y hacer de sus topes cómodo asiento.

Por subir á ellos y gozar el placer de tirarse cuando más corrían, hizose «periodista», y cuando, dueño de tres realitos, capital exorbitante para Julián, compraba una «mano», y con graciosa y cantarina voz la iba ofreciendo de coche en coche, sentíase feliz.

En la plaza del Progreso limpió dorados y sacó lustre á los arcos de las bestias, sólo por cobrar su trabajo yendo en el pescante, junto al coche-ro, las veces que iban de «vacío».

—¿Pa qué no habré venío al planeta en mejo-

sueña y mantillas de madroños, y á unos muchachos de rasuradas mejillas y anchos cordobeses.

Al auto subió la juventud gozosa, acomodándose en el pescante el guiador, y «Pastelillo» á espaldas de ellos y sobre las muelles ballestas.

La carrera fué rauda, alocada, atropelladora. Pasaron ante los ojos del rapaz, que iban riendo, los verdosos árboles, las casas cenicientas, las gentes pacíficas y miserables que caminaban á pie. Como fugaz y encendida mancha quedaron á la zaga los oros de los trajes toreriles; la chaquetilla de los picadores, mariposas de alas lucientes cabalgando sobre negruzcos escarabajos; el amarillo charolado de los tranvías ahitos de voces y de campanilleos...

¿Cómo gozaba el pobre golfo viéndose en tan ambicionado lugar; hasta el humo que el auto despedía envolviéndole como entre nubes, gustó á Julianillo; pero de pronto, cuando su dicha



junto á un brasero, vióse envuelta en llamas; ¿quién fué más que Julián el que, interponiéndose entre dos mozos que reñían con largos cuchillos, pudo, dando voces, «despertar» á una pareja de guardias, y así evitar un crimen? Y por si esto fuese de poca monta, en el corazón de todos estaba y en la memoria también, su acción para con la vieja Paula: una misera y ciega pordiosera á la que sostuvo hasta morir con el producto de su trabajo y su rapiña, sólo porque se llamaba como su madre se llamó.

Para juzgar al buen «Pastelillo», que atendía al mote porque el primer «perro gordo» que ganaba, en un pastel corría á gastarlo, tuvieron en cuenta los guardias, sus enemigos naturales, las travesuras y no las bondades del muchacho, y de ahí el que los informes de los uniformados fuesen tan desfavorables cual injustos.

—¿Y too por qué? — solía decirse el «chavea» —. ¿Porque cuando se amontonan por compañías en las plataformas, les digo á voces ansiosos y antirreglamentarios? ¿Y no es la pura, señor?

Una vez que un lacero «atenazó» — era su decir — á un perro chico, ¿qué perro chico?, dos céntimos de perro si acaso, y una niña lloraba detrás del chucho para que le soltaran, y el guardia, que era un adoquín, por poco pega á la chi-

res pañales que los de retor? — se preguntó más de una vez —. ¿Sería mayoral de tranvía, ó mejor aún, cochero de punto; ó archimejor que mejor, chófer!...

Indudablemente, «Pastelillo» había nacido para guiar. Puede que en otra esfera y con otros principios, hasta guiador de multitudes hubiera llegado á ser, y conste que al pensarlo, tiene su historiador en cuenta el odio á los laceros, el amor y caridad para con los débiles y abandonados, y, sobre todo, la malquerencia que reservaba para los guardias que con ceño fosco hablaban de leyes y son los primeros en... llenar las plataformas de los tranvías.

Decíamos que «Pastelillo» hubiera querido ser, sobre todo y ante todo, chófer...

—¡Eso de correr! ¡Eso de volar! — decía entusiasmado —. Eso debe de ser lo mejor de lo mejor. ¿Cómo se irá en auto? ¿Qué gozo será ése?

A la zaga de un coche y en los topes de un tranvía subió muchas veces el pequeño; pero á la trasera de un automóvil, nunca. El temor al descenso, que habría de hacer en lo más loco de la marcha, le aterró, le asustó; pero un día, un luminoso día...

Era una tarde de toros, tibia y clara; á la puerta de un café un auto grande, brillante, blanquísimo, esperaba á unas mozas de cara ri-

era mayor, trepidó el carruaje; un bache profundo tuvo la culpa, y el cuerpo del mocito salió despedido del incómodo asiento como la piedra de la honda.

Un grito llenó la calle; en grupo, la gente acudió en auxilio del caído, que, privado de conocimiento y arrojando sangre en abundancia, sonreía aún.

La circulación quedó interrumpida, y en un automóvil que ocupaba una dama, automóvil forrado de seda y con búcaro y flores, fué conducido «Pastelillo» á la Casa de Socorro.

Por un momento recobró el muchacho el sentido y vió y gozó la blancura suave de la seda, las rojas notas de las frescas flores, que dieron á su olfato la dulce dicha de su fino aroma.

—¿Qué gusto!, ¡qué bien!, ¡al cielo!, ¡al cielo! — decía, suspirando y quejándose, el infeliz.

Y al cielo fué en coche de aristocracia.

Pero no hubiera ido al cielo si al llegar á la Casa de Socorro hubiera podido ver y oír á un guardia de cerdoso bigote que, tomándole en brazos, dijo despectivo y agrio:

—¡Anda, Dios!, ¡Pero... si es el golfo del perro! ¡Si es el diablo de «Pastelillo»!...

FERNANDO MORA

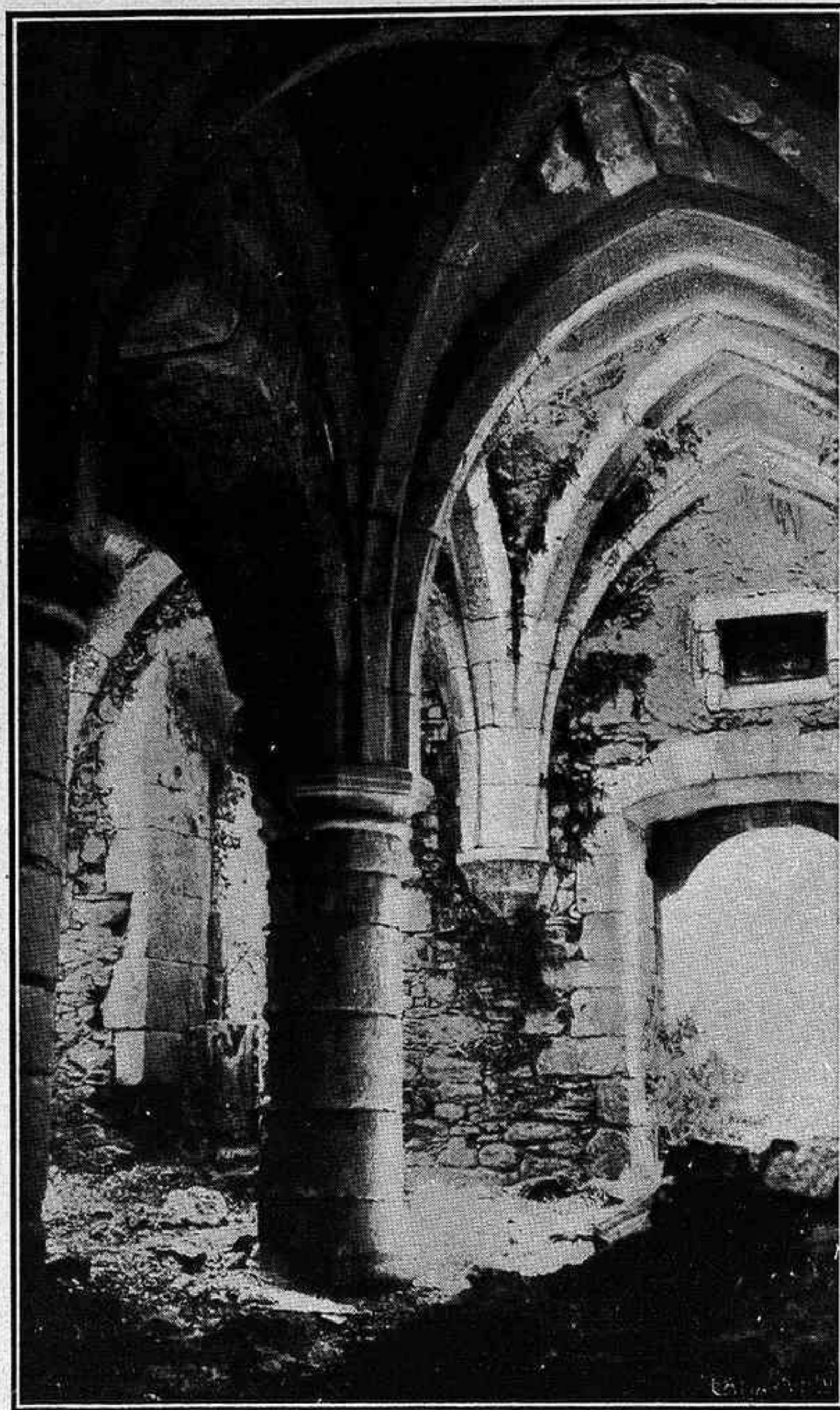
DIBUJO DE DHOY

MONUMENTOS ESPAÑOLES

EL MONASTERIO DE SANTA MARÍA DE SOBRADO



Fachada de la iglesia



Ruinas del monasterio

La visita al monasterio de Sobrado es pintoresca, como toda excursión por esta tierra de ensueño. Se desciende del tren en Curtis y hay hasta el abandonado recinto una larga carretera flanqueada de mairales, de los que surge, de cuando en cuando, la plena musicalidad de un alalá. De trecho en trecho una aldeíta, cuatro casas blancas, limpias, mozas pálidas de anemia ó brunas de salud y fortaleza, en las que destaca la gaya policromía de sus vestes; de poco en poco también, una ermita ó un crucero os acoge con sus brazos abiertos y, junto á ellos, viejos mendigos demandan vuestra caridad con una voz musical, como aquí hablan todos.

Son estos mendigos gallegos mucho más pobres que los mendigos del mundo entero; unen á la miseria material de sus peculios la fisiológica pobreza de sus carnes lacradas y marchitas; astrosos, de miembros anquilosados ó facies de idiota, parecen arrancados de alguna vieja catedral donde hicieron el oficio de gárgolas. No es este mendigo gallego el hampón sabio en trucos y lazarilladas para comer la sopa boba: es el des-

graciado que carece de fuerzas para el trabajo, ó emigrar como los demás, y es mendigo.

Por fin se llega al monasterio. Paredones hundidos, arcos truncos, hiedra que desencaja bóvedas, poesía y belleza que resta de lo que fué fuerte y vigoroso y está abandonado y en ruinas. Su historia es la vieja historia de nuestras glorias: pujanza y poderío antaño; desolación, ruina y abandono hoy.

Fundado allá en las postrimerías del siglo décimo por los condes Hermenegildo y Paterna, y su hijo el obispo de Iria, Sisnando, sirvió en un principio de retiro á sus fundadores, primer abad y abadesa de su dúplice comunidad. A él dieron aquéllos sus riquezas, ciento treinta villas, tres monasterios, veinte iglesias, cinco islas y varios puertos de mar, las que fueron sus primeras posesiones. En esta opulencia siguió hasta que sus riquezas suscitaron la codicia de Segeredo Aloito y su mujer Adosinda Arias, los que, mediando el undécimo siglo, se apoderaron de él y expulsaron á los religiosos. Luego, cuando Fernando I conoció la usurpación,



Claustro viejo

les despojó de la abadía é incorporó á la corona las rentas de Sobrado.

En el siglo XII la reina Doña Urraca hizo merced de él á los condes Bermudo y Fernando Pérez de Traba.

Aquí comienza la época más gloriosa del viejo cenobio, reedificado suntuosamente, de lo que sólo resta en la sala capitular un fragmento de la románica columnata que sostenía la bóveda. Se establecieron en él doce discípulos de San Bernardo, venidos de Clavay, poco antes fundado, consagrándose con toda solemnidad en 1142.

Largos siglos siguió en poder de los monjes blancos, y á él llevaron en tiempos posteriores su característica arquitectura, extendiendo su solar con nuevas construcciones y aumentando sus riquezas hasta llegar á ser uno de los más poderosos de Galicia, y teniendo propiedades hasta en Castilla, tales como la gran posesión de Valverde, en tierra de Campos, donada por el conde D. Ponce, donde fundaron el monasterio de Benavides, y estableciendo, por doquier, granjas agrícolas y pesqueras en toda la costa Noroeste.

Nada resta de la primitiva fundación y casi nada del edificio levantado por los condes de Traba. Sólo en un ángulo de la sala capitular un primoroso hacedillo de románicas columnas y una basa de ajedreado ornamento, acaso con-

servado como recuerdo de la vieja casa; luego, de más avanzados tiempos, cuando la arquitectura del Cister desarrolla sus gustos, la artística cocina, donde aún se respira el aroma monacal de la Edad Media.

El resto del monasterio, la iglesia, los claustros, todo es del segundo renacimiento español, sobresaliendo el claustro de la hospedería, de hermosas pilastras estriadas, la fina labor de medallones del claustro principal y, por su atrevimiento, la prodigiosa bóveda plana que sostenía el coro.

Respecto á los artistas que en su construc-

ción laboraron, poco es lo que se sabe. De la Edad Media sólo una curiosa exigencia de los obreros, conservada en un documento: la de que no había de dárselos á comer salmón más que dos veces por semana, y de la última construcción, en el remate de la subasta para la reedificación del puente de Espiñeira en Ribadeo, aparece un Juan de la Sierra que se dice maestro de la obra del monasterio de Sobrado...

Dejáis el viejo monasterio con la inmensa tristeza de ver arruinado lo que fué grande y glorioso.

Cae la tarde suavemente; por los campos vecinos suenan las esquilas del ganado que torna; una voz de varonil energía lanza un aturuxo que re-

suenan en las bóvedas sin clave y en los claustros vacíos, y en vuestros labios tienen temblores de oración los admirables é inspirados versos del poeta gallego:

Por cima d'os agros,
d'o monte n'ó medio,
levantase aínda
hidropico e negro,
cal xigante hipopotamo morto,
de vermes cuberto,
rodeado de trevoas e gramas
o lombo deforme d'ó vello moesteiro.

SATURNINO RIVERA MANESCAU

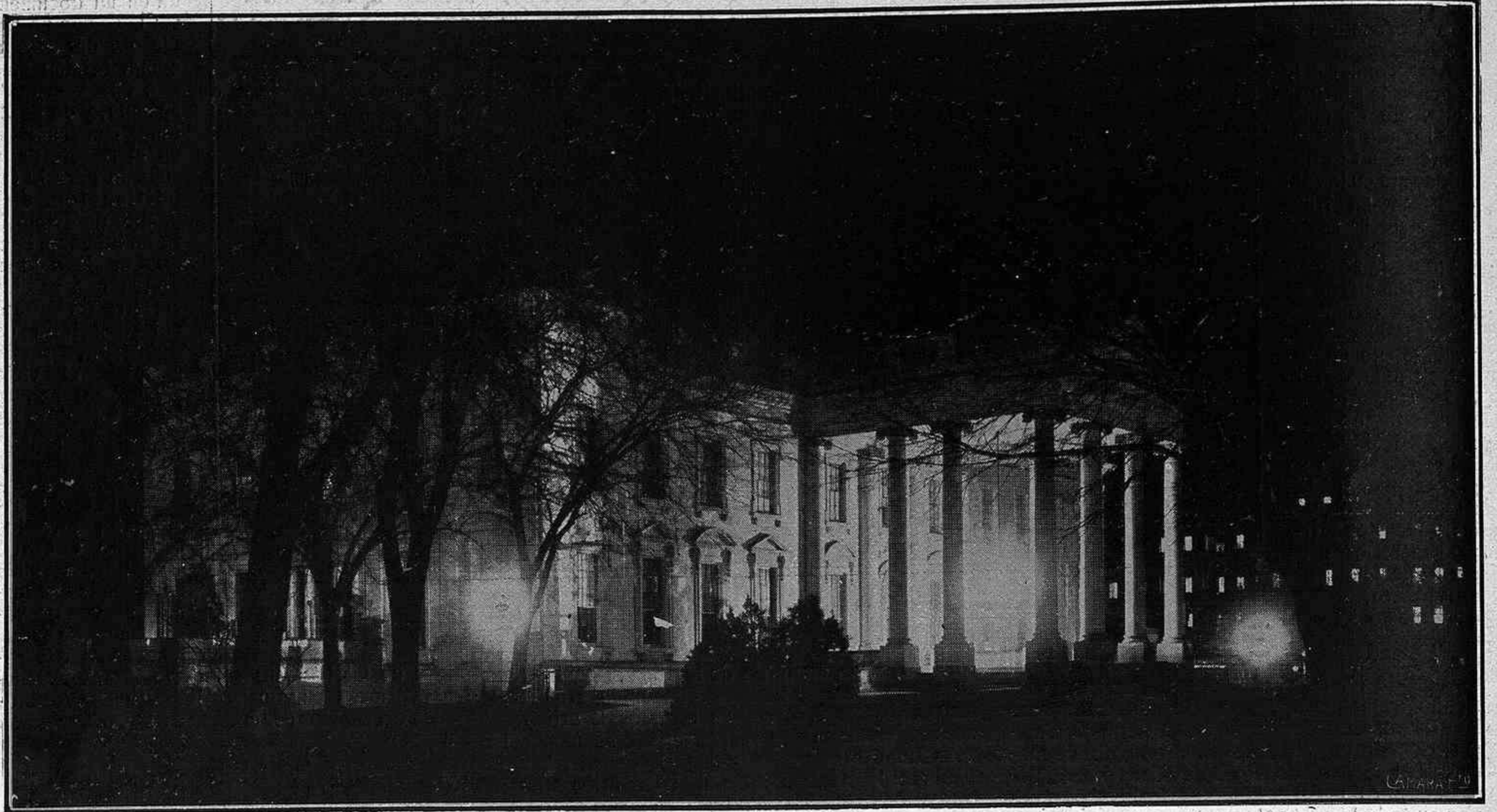


Claustro principal



Vista panorámica de uno de los claustros

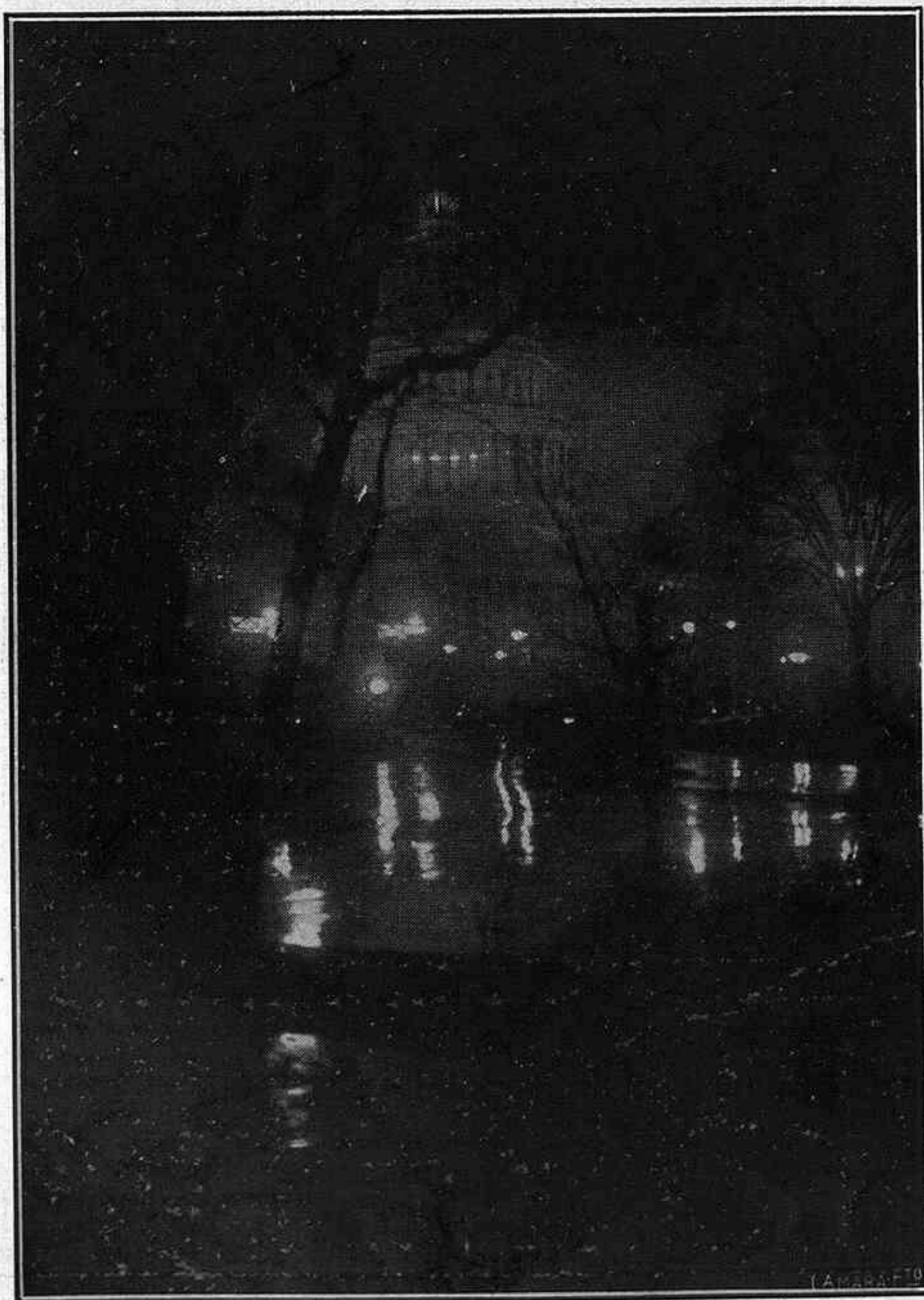
LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



Aspecto nocturno de la Casa Blanca, residencia oficial de los presidentes de los Estados Unidos, en Washington

Tres bellas muestras del arte fotográfico norteamericano ofrece la presente página. Obtenidas de noche, y, alguna de ellas, como la del Capitolio wáshingtoniano, en condiciones resueltamente adversas, muestran hasta qué extremos de perfección puede llegar el verdadero artista de la

cámara. Presentan tres rasgos monumentales de la capital oficial de los Estados Unidos, en sus edificaciones más típicas, destacándose por un extraño aspecto la referente al obelisco de Wáshington, donde un efecto de luz hace asemejar la pétreo aguja á un bloque de acero calentado al rojo.



El Capitolio de Wáshington (Parlamento norteamericano) en una noche lluviosa. En dicho edificio se halla instalado también el Tribunal Supremo



El obelisco de Wáshington, erigido en dicha capital á la memoria del primer presidente, iluminado por un proyector. Mide quince metros de alto



A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.



USE USTED LA MAGNESIA EFERVESCENTE

DEL
Dr. TRIGO

que es la más acreditada
de España

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**

VIGOR **SALUD**

rápidamente

obtenidos



con el uso del

VINO DE VIAL

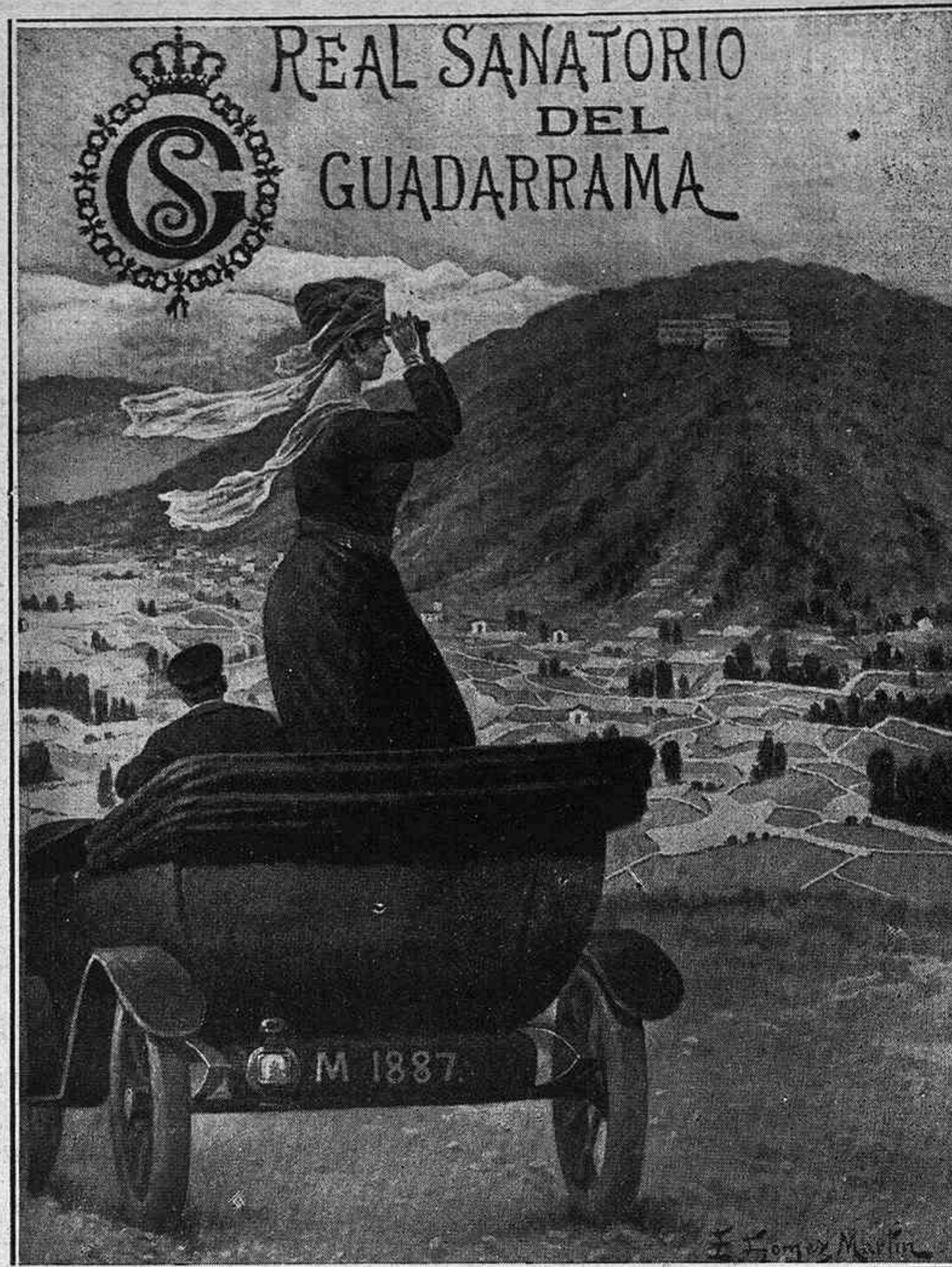
Por su acertada composición

QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

es el más poderoso de los tónicos.

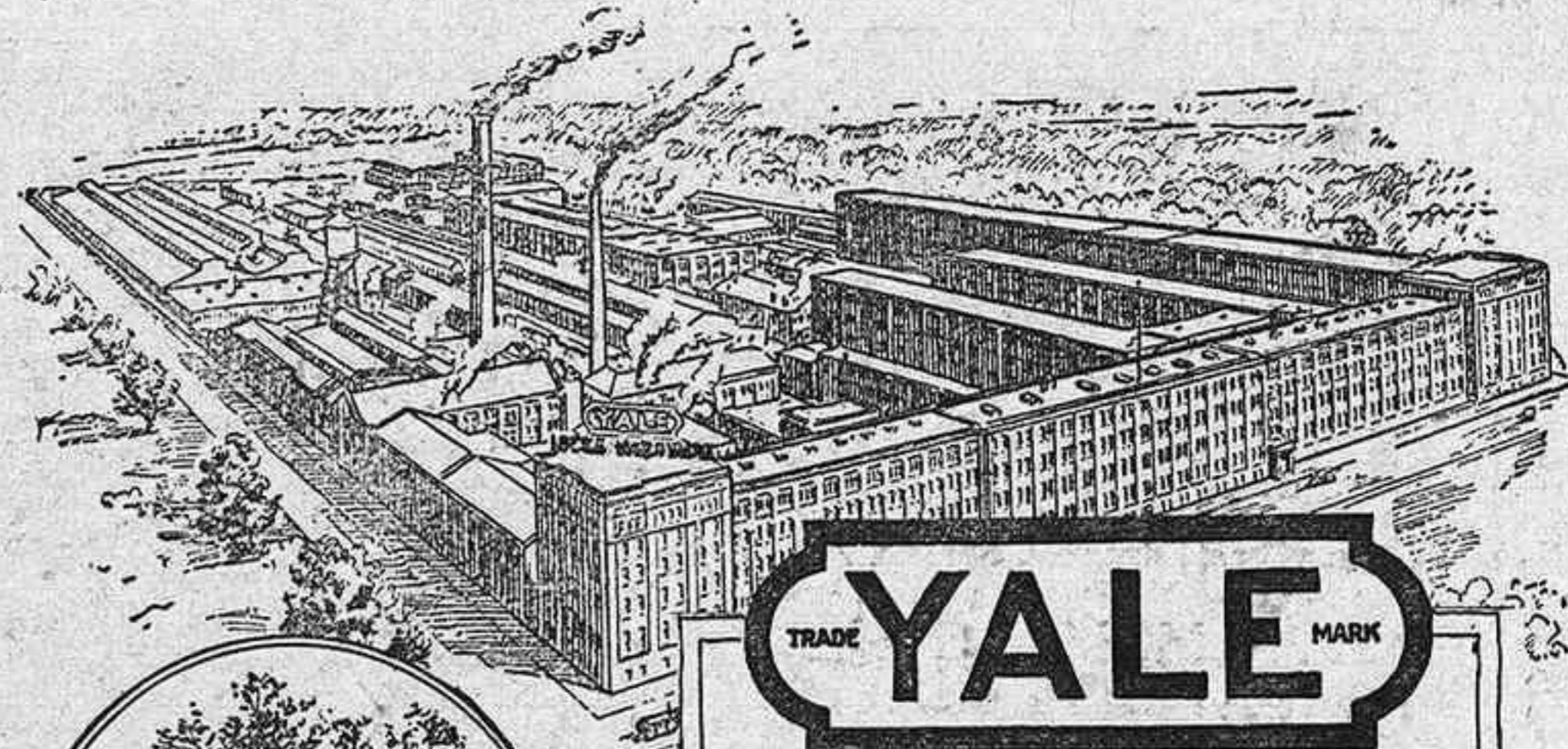
Conviene a los convalescientes,
ancianos, mujeres, niños y todas
las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS.



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del Extranjero.— Abierto todo el año.
Para informes y admisión, dirigirse al Sr. Director-Gerente, **D. José Martínez Pardo Martín,**
COLEGIO DE MEDICOS, MAYOR, 1

No. S2328-6-in. de.-J.R.A. U



Lugar donde se originaron las
cerraduras de seguridad.
Newport, N. Y. 1840

YALE

LA marca de fábrica
"YALE" significa el
éxito insuperable obtenido
durante cincuenta años
en la invención, el desar-
rollo y perfeccionamiento,
tanto de cerraduras de
toda descripción, como
herrajes para construc-
ciones, cierrapuertas y
motones de cadena.

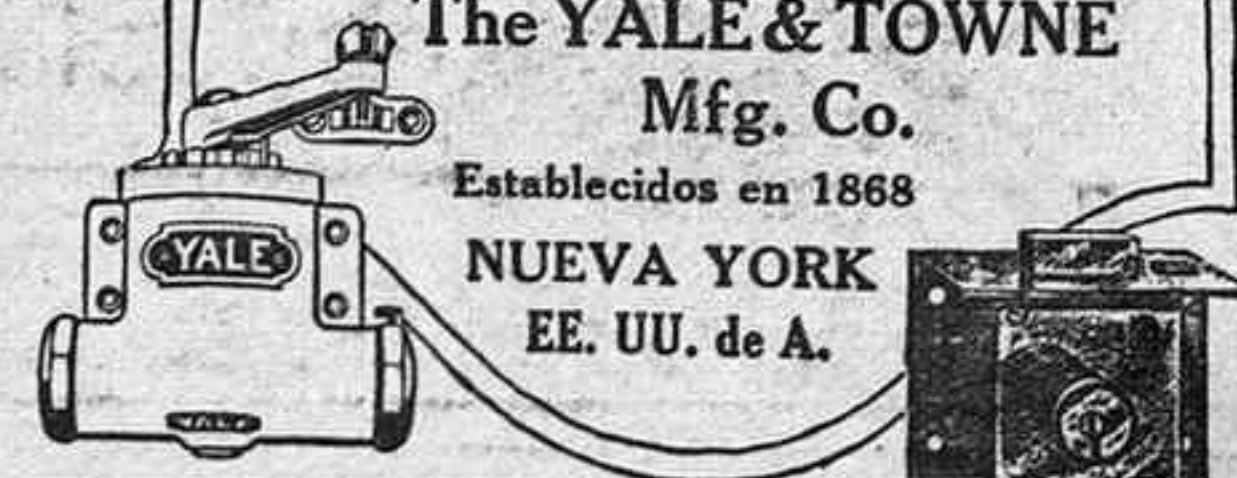
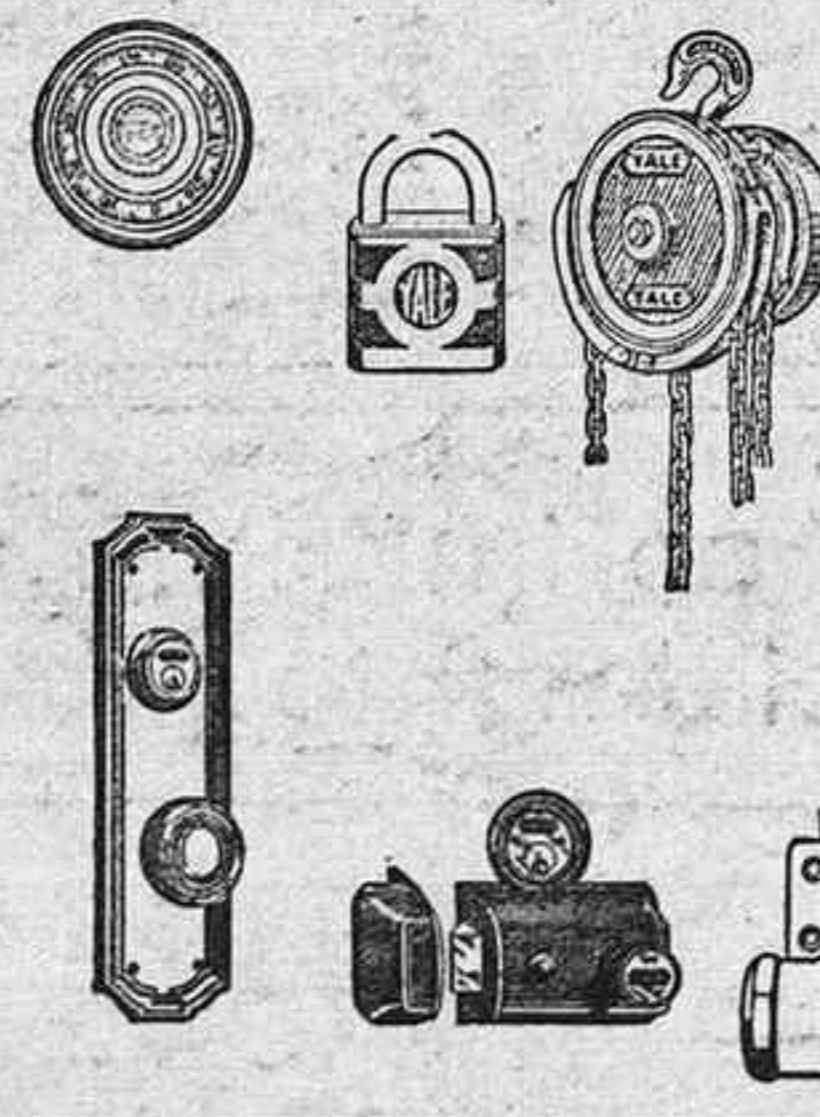
La mejor prueba de la buena
calidad de los productos Yale es
la demanda que existe por ellos,
motivo por qué la fábrica Yale
se ha ensanchado desde un taller
con un obrero, durante el año de
1840 a un taller con 55 edificios
y 4500 obreros, ocupando en la
actualidad 24 acres de terreno.

Pídase la marca de fábrica "Yale"—
Es la garantía visible de buena calidad.

The YALE & TOWNE
Mfg. Co.

Establecidos en 1868

NEW YORK
EE. UU. de A.



PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan
siempre esta marca y nombre
BELLEZA (Registrados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna. 5 pesetas.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues devuelve al cabello, sin teñirlo, la substancia que le da vida y color, haya sido rubio, negro ó castaño. Discreto perfume. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia, no engrasa. Se usa con las manos, lo mismo que el ron quina. 5 pesetas.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfinísima, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel y Morenos. 2,50 y 4 pesetas caja.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumosa). Última creación de la moda. Blancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada). 4 pesetas.

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., á las 24 horas de usarla la bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Delicioso perfume. 5 pesetas.

TINTURA WINTER hermosa castaño ó negro. Es la mejor y más práctica. 6 pesetas.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace renacer el cabello á los calvos, por rebelde que sea la calvicie. Cabeza sana y limpia ó caspa. Sorprendentes resultados. Higiénico é inofensivo. 6 pesetas.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, A. García y C.^a, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguerías de Sarrá y Johnson. FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).—Recibiendo una peseta más, mandamos un frasco.

FÁBRICA DE CORBATAS 12, CAPELLANES, 12
Camisas, Guantes, Pañuelos,
Géneros de punto. Elegancia, Surtido, Economía. PRECIO FIJO. Casa fundada en 1870.

S-2055—General—7 in. dc.—J. R. K. Co.

Palmolive

El Jabón Favorito Para el Tocador

Fabricado con aceites de Palma y Oliva, cuyas propiedades de aseo son bien conocidas. Su espuma espesa y delicada limpia perfectamente la piel, dejándola suave y agradable.

Todo el mundo admira un cutis hermoso y Ud. puede tener el orgullo de poseerlo si usa el Jabón Palmolive. Pruébalo. Su excelencia le agradará. Su perfume es delicioso.

De Venta Por el Principal Comercio.

THE PALMOLIVE CO.
New York y Milwaukee, E.U.A.



Agentes para España: LA NORTEAMERICANA, S. A.
Ronda Universidad, 37, Barcelona

Del medio que cualquier
mujer puede valerse
para mejorar su cutis

Secreto Americano de la Belleza

Todas las mujeres desean saber cómo restaurar, revivificar ó mejorar un cutis arruinado, y cómo á pesar de los años, desgaste ó enfermedades, se puede conservar la tez aterciopelada y con el color propio de la lozanía de la juventud. La solución de este problema ha sido hallada por nuestras hermanas Americanas, que es, se dice, deben su clara tez al uso constante de una cera conocida aquí por los farmacéuticos y perfumeros por el nombre de Cera Aseptine. En vez de obstruir los poros y secar la tez, como sucede con la mayoría de los polvos y cremas, la Cera Aseptine desliga suavemente el cutis marchito y hace que aparezca el color rosado y aterciopelado de la juventud en todo su natural esplendor. No sufrid más con la tez sucia, arrugada y basta. Comprad en cualquier buena farmacia y perfumería una cajita de Cera Aseptine, aplicadla todas las noches de acuerdo con las instrucciones, y en unos días veréis con asombro la maravillosa transformación que se verifica en vuestra apariencia.



Sólo yo campo
do nadie campa.
A bailar el bclero
y hacer piruetas
apuesto á todo el orbe
con la más guapa.
Dale que dale,
usaré PECA-CURA
para agradarte.

Jabón, 1,40.—Crema, 2,10.—Polvos, color moreno (siete matices), rosa ó blanco, 2,21.—Agua cutánea, 5,50.—Agua de Colonia, 3,25, 5, 8 y 14 pesetas, según frasco.

PEDID las lociones y esencias para el pañuelo, serie "IDEAL", perfumes: ADMIRABLE, ROSA DE JERICO, CHIPRE, GINESTA, ROSA, MATINAL, MIMOSA, ROCIO FLOR, ACACIA, VERTIGO, VIOLETA, CLAVEL, JAZMIN, MUGUET, SINIGUALES por su finura, intensidad y persistencia.

Esencia, 16 pesetas estuche; lociones, 4 y 6 pesetas, según frasco.—Ul.imas creaciones de Cortés Hermanos, BARCELONA.



COMPAÑY
FOTÓGRAFO
29, FUENCARRAL, 29



Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
Librería de San Martín
Puerta del Sol, 6 MADRID

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA